

¡ESTABAN CON NOSOTROS!

LAW SPACE

Colección ESPACIO

! estaban con nosotros ¡

por

Law Space

o-O-o

EDICIONES TORAY. S. A.
Arnaldo de Oms, 51 53
BARCELONA

Depósito legal: B. 5.303 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

T. G Peralta. — Pasaje de Núria, 8. — BARCELONA

¡ESTABAN CON NOSOTROS!

No fue idea mía.

A no ser por Jimmy, al que encontré aquella noche en el club, jamás hubiese conocido al doctor Hormer y no hubiera asociado, mucho después, años, aquella visita con la hecatombe que luego cayó sobre la Tierra…

L. F. Hormer murió en un accidente de automóvil unas semanas después de la visita que le hice. Nunca pensé hasta más tarde que aquel accidente no lo fuese; pero ahora, a la luz de los sufrimientos que hemos padecido, estoy completamente seguro de que el insigne psiquiatra fue asesinado.

¿Sabía demasiado?

Esta pregunta estaría muy bien encuadrada en el marco de un relato policíaco. Pero aquí no. Porque la verdad era que Hormer no sabía absolutamente nada.

Nadie sabía nada.

No obstante, como se verá en el curso de la conversación que mantuve con él, aun no sabiendo nada, fue quien tuvo la primera idea, la primera sospecha, quizá nada concreta, pero sospecha al fin.

Y volvamos a mi encuentro con Jimmy,

Jimmy Lait era —y es— un activo colaborador del «Star», el semanario da más tirada en el Reino Unido. El «Star» se ocupa, principalmente, de esos asuntos que se han puesto de moda y que, además de otros muchísimos nombres, han recibido la denominación de «temas de anticipación científica». Yotambién he escrito a veces para el «Star», pero Jimmy es un asiduo colaborador que, aparte de conocer bien el tema, siente una afición desmedida por todo lo que se roza con la psicología.

Aquella tarde Jimmy me hablaba de muchas de esas cosas raras que viven en su mente. Y al llegar, ¿cómo no?, a lo que más le interesa me preguntó:

—¿Conoces al profesor Hormer, Law?

—De nombre —repuse.

—Pues te estás perdiendo una de las personalidades más interesantes de nuestra época. ¡Lástima que no me concediese más que quince minutos en la entrevista que le solicité!

—¿Y… qué te dijo?

—Muy poca cosa, pero me di cuenta de que había muchísimo detrás de lo que me entregó. Tú sí que puedes charlar ampliamente con él.

—¿Yo?

—Sí. Es un admirador tuyo.

Sonreí.

—Pero… ¿tengo yo admiradores?

Me devolvió la sonrisa.

—Muy pocos, pero de los buenos. Tu nombre salió en el curso de la conversación y el doctor me dijo que le gustaría conocerte. Yo le dije que te veía con mucha frecuencia y que te comunicaría mis deseos. ¿Irás a verle?

—Desde luego, pero lo que no entiendo es el objeto de tu visita al doctor. ¿Se ocupa acaso de cosas de anticipación?

—En absoluto, pero tiene unas ideas… un tanto particulares. Por eso pensé que deseaba conocerte.

—Si lo que buscabas era intrigarme; lo has logrado perfectamente, amigo mío.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pues te has equivocado, porque mi objetivo era, sencillamente, que me pagases otro «whisky». Respecto al doctor, estaba seguro que irías a verle.

Llamé al camarero.

* * *

La secretaria del doctor Hormer me dio una hora para la visita, rogándome que fuese a casa del profesor, en vez de al sanatorio. Después de darme la dirección, me rogó que fuese puntual.

—El doctor —aclaró— suele acostarse muy temprano, ya que está cada mañana en la clínica a las seis en punto.

Prometí una puntualidad matemática, y así aquella misma tarde detuvo el coche ante la vetusta mansión que el psiquíatra ocupaba en los alrededores de Londres.

El lugar era tranquilo y amplios jardines formaban paréntesis de verdura ante las casas, aislándolas aún más del escaso tráfico de las calles vecinas.

Una criada de cierta edad me abrió la puerta, después de haber atravesado la de la verja y el jardín.

—Soy Law Space—dije.

—Haga el favor de pasar.

Y una vez en un «hall» un tanto sombrío y amueblado con un gusto anticuado:

—Tenga la amabilidad de sentarse, señor Space. El doctor le recibirá en seguida.

Miré a mi alrededor, al quedarme solo, contemplando algunos paisajes y marinas de una escuela pictórica indeterminada y que la pátina había ennegrecido considerablemente.

No me cabía duda alguna de que el doctor no tenía mucho tiempo para preocuparse de arte y muebles. Y estaba seguro de que aquel «hall» ofrecía el mismo aspecto que cuando, seguramente, los abuelos del médico lo habían instalado.

—Por favor…

Se había abierto una puerta y un hombre alto, joven, pero con las sienes completamente blancas, apareció en el umbral.

Penetré en el despacho.

La sorpresa que experimenté fue grande, ya que parecía haber traspasado la frontera entre dos mundos distintos. Todo lo anticuado y vetusto del vestíbulo se había convertido aquí en moderno y audaz.

La estancia tenía grandes dimensiones y tres enormes ventanales, con persianas graduables, le daban excelente iluminación. Todo aquel espacioestaba ligeramente ocupado por muebles modernos, de colores vivos y extremadamente confortables, a pesar de lo insólito de la inclinación de sus planos. La mesa, desmesurada, se sostenía sobre tres patas, brindando el abdomen monstruoso que sobresalía por su parte inferior y que debía ser la parte destinada a los cajones.

De forma asimétrica, la habitación tenía cinco paredes y cada una de ellas, estaba pintada de un color distinto, macizo y denso, que prestaban a la estancia una luminosidad agradable. Sobre los muros, enmarcados en maderas claras, había cuadros de corte infantil y fantasioso, que fueron los que, desde el principio, llamaron mi atención.

—Son dibujos y pinturas de mis enfermos—dijo el doctor, después de estrecharme calurosamente la mano e indicarme uno de los Inclinados asientos.

—¿Dibujos de… locos?

—Nosotros los llamamos enfermos —corrigió él, sin que la sonrisa abandonase sus labios—. Y no es que tengamos mucho derecho a llamarlos así realmente.

—Empieza usted a intrigarme.

—No es mi deseo… ni mi misión. Sus libros si que cumplen, sobradamente, el acicate de la intriga. Y es natural. Sepa, señor Space, que los leo con gusto y que tenía muchísimas ganas de conocerle personalmente.

—El placer es mutuo, doctor.

Me ofreció un cigarrillo y permanecimos unos momentos en silencio.

—Si he querido que nos viésemos aquí — dijo — es porque mi casa es una isla tranquila, en la queme aíslo, con placer, lejos de la labor aplastante de laclínica. Allítodoesturbio...

Y después de una nueva pausa (yo no me atrevía a romper el hilo de su pensamiento):

—Creo, amigo mío, que debemos dejarnos de preámbulos, ya que debo satisfacer su curiosidad, completamente normal, puesto que se estará preguntando, sin duda, a qué se debe mi interés por hablar con usted.

»He visto, en no pocos de sus relatos, que usted se preocupa por ahondar una serie de fenómenos, casi completamente desconocidos, que entran de lleno en el campo de la Sicología. Así, he podido ver su interés por la telepatía, la intercomunicación, la interpolación sicológica y todo lo que se refiere a los actos mentales, fuera de lo que es acerbo común de la mayoría de los humanos.

»Pocas veces se ha ocupado usted de la sicopatología y nada extraño hay en ello ya que no es usted médico y menos siquiatra. No obstante, en algunos de sus relatos, como le decía antes, se apunta un interés sincero hacia las cosas de la mente. Y lo que más me ha satisfecho es que usted encarna siempre a los habitantes de otros mundos dentro de una categoría evidentemente mental.

—¡Pero todo eso es fantasía, doctor!

—Ya lo sé. Sólo que la fantasía posee para mí un significado completamente distinto al que se le da por ahí. La fantasía, señor Space, es una creación mental, una elaboración cerebral que, dentro del mundo de las ideas, posee la misma realidad que cualquier otra: la especulación matemática o filosófica, por ejemplo.

—Éstas, si no me equivoco, poseen un fundamento lógico.

—¡Ahí está el quid! Ha chocado usted, sin darse cuenta, con una palabra a la que teníamos que haber llegado tarde o temprano, pero

fatalmente. La lógica, amigo, no es más que «una forma de orientar las ideas, una manera de encadenarlas, una especie de caminos trazados por los que, forzosamente, han de discurrir». Imagínese que lanzamos, desde lo alto de una montaña, una gran cantidad de agua. El líquido tomará, por una sencilla ley física, los caminos más cortos hacia abajo; es decir, los senderos en los que le mantenga la fuerza de la gravedad: vaguadas, canales, valles… Jamás se le ocurrirá al agua «subir» hacia la cima y si alguna vez salta sobre un obstáculo, lo hace porque está empujada por una inercia de movimiento que, transitoriamente, olvida la existencia de la de la gravedad.

—Le entiendo perfectamente.

—Bien. El agua de nuestro ejemplo son las ideas y los caminos que el líquido enemigo sigue en su descenso obligado, es la lógica, mantenida así por algo más profundo: la fuerza de gravitación.

—¿Qué representa esta fuerza en su paradigma, doctor?

—La manera «suigeneris» del ser humano, la forma antropomorfa de todo cuanto sale de nosotros. De ahí la limitación estrecha de la lógica que, después de todo y en última instancia, es una obra del hombre y, por lo tanto, sujeta a error.

—¿Son posibles otras lógicas?

¡Naturalmente! No sólo son posibles… sino queexisten. ¿Hay acaso una sola Geometría? Los antiguos así lo creyeron, pero después se demostró que había tantas como dimensiones podían imaginarse. Igual ocurre con la lógica.

»Antes hablábamos del agua que «debe descender» en razón de su peso y demás propiedades físicas, Para el hombre que concibe su lógica, las cosas deben ocurrir así; pero ¿qué pensaría una mosca de ideas de verticalidad, por ejemplo? Para un insecto, las paredes de esta habitación son planos horizontales, como lo son todos los objetos sobre los que posa sus tres pares de patas.

—¿Dónde quiere usted llegar, doctor? —no pude por menos de preguntar, vivamente interesado por la exposición de mi interlocutor.

—A demostrar que hemos de ser prudentes antes de medir «todo» con nuestros limitados y antropocéntricos «patrones». Un metro, un kilómetro, una milla, un centímetro… Todo eso está bien para

nosotros, pero carece de significación para un microbio o para un águila.

»E1 arriba, el abajo, tan en consonancia con nuestro modo de estar, pierde su significación en un viaje espacial. El día y la noche desaparecen en cuanto nos alejamos de un planeta. Todo esto viene a demostrar que el mundo en el que vivimos y que tanto nos preciamos de ir conociendo, no es más que «uno de los aspectos del mundo»; es decir, un mundo posible entre los billones de mundos posibles. Y que nuestras certezas, nuestras «verdades», y permita que me sonría al llegar a esta peyorativa palabra, no son más que «posibles juicios» dentro de los muchos que pueden presentarse.

Empezaba a perderme en aquella compleja explicación.

Por eso, dispuesto a salir de dudas pregunté resueltamente:

—Todo eso está muy bien, doctor; pero ¿es tan importante el darnos cuenta de que pueden existir otras maneras de ser? Casi lo sabemos ya...

—Pocos se dan cuenta de que las otras «realidades» son eso: modos de ser distintos al nuestro. Ustedes mismos, los escritores de la anticipación, buscan cosas extrañas en mundos lejanos, cuando las hay aquí, en el nuestro, que necesitan ser descifradas urgentemente.

— ¿Usted cree?

Su rostro se ensombreció.

—Hay algo, amigo Space, que me preocupa muchísimo. Yo estoy en contactó con enfermos mentales todo el día. Y han sido ellos los que me han planteado una serie de dudas verdaderamente horribles.

—Si. Desde hace tiempo, un movimiento filosófico moderno se está ocupando de permutar la idea clásica del «ser» por el nuevo concepto del «estar». Hasta ahora, los «modos de ser» crearon una ciencia; la Ontología; hoy el ser ya no posee la fuerza de expresión necesaria para explicar las grandes preguntas que el Hombre se plantea. Una piedra «es», un insecto «es» y un hombre también «es»; pero todos ellos tienen una especial «manera de estar», una forma peculiar de «existir»...

»Y dentro de la humanidad hay, como usted comprenderá muy pronto, distintas «formas de existencia», todas ellas con su característica «lógica», aunque sean distintas y hasta diametralmente opuestas.

—Creo que empiezo a seguirle, doctor…

—Me alegro. Por ejemplo: los enfermos mentales, enjuiciados hoy dentro del existencialismo como «una forma distinta de estar» ([1]), demuestran palpablemente, pertenecer a otro mundo que el nuestro. «Son», fíjese bien, «seres humanos», como nosotros, pero «están» de distinto modo, viven en otro «plano vital», en otro mundo, ni más ni menos.

—¡Es increíble!

—Pero no menos cierto. Para un esquizofrénico, el color, las dimensiones, el movimiento, los sonidos, el mundo, en una palabra, no es lo que para nosotros. Antes, al empezar esta conversación, le dije que no teníamos derecho a llamarles enfermos… ¿Lo son acaso?

No encontré nada que decir. Estaba profundamente impresionado por aquella curiosa manera de ver las cosas.

—Si no son enfermos… ¿qué son? ¿de dónde vienen?, ¿qué papel juegan en un mundo «que no es el suyo»?, ¿cuál es su misión?

—Pero… —dije, con un hilo de voz— la ciencia los considera anormales… ¡Ustedes los médicos los tratan como enfermos!

Sonrió.

—Eso es lo verdaderamente curioso, Law Space… Cuando Hernán Cortés llegó a Méjico, les aztecas, al ver a los españoles a caballo, los consideraron como monstruos, creyendo que montura y caballero eran un mismo ser…. Telépatas y visionarios fueron quemados durante toda la Edad Media, tornados por brujos o posesos. Hoy mismo, en nuestra época, muchos salvajes consideran una maravilla encender un mechero u oír un aparato de radio. No, amigo mío, todo ofrece una relatividad formidable. Dentro de cien o mil años, se reirán de nosotros, tratándonos de bárbaros por poner la camisa de fuerza a unos seres que no pertenecían a nuestro mundo, que no «existían» como existimos nosotros. El vulgo dice aún de un sabio que «está un

poco loco o completamente loco».

—¿Usted no los cree verdaderamente enfermos?

—No; no lo son. Son «anormales», tomando la normalidad como lo más común… Anormales como Einstein lo sería comparado con el resto de la humanidad, como tantos hombres que han sobresalido sobre la inmensidad de las medianías.

—Entonces… ¿qué son?

—Seres distintos a nosotros. Criaturas cuya presencia aquí, en la Tierra, no es explicable en modo alguno.

—Pero ¿y los que curan?

Sonrió.

—¿Curarse? Ninguno, querido amigo. Lo más que hacemos es «acercarlos a nuestro modo de estar» que no es, después de todo, más que convertirlos en seres monstruosos, híbridos, alejándolos, por la fuerza, de su verdadera naturaleza.

—Yo he oído que ellos sufren indeciblemente.

—Sufrir es una palabra que nosotros aplicamos, pensando siempre en lo que para nosotros significa. ¿Sufre la mantis macho cuando, al final del viaje nupcial, su hembra la devora viva? ¿Sufre el gusano hundido en la tierra?

—Comprendo.

—Eso es lo que hay que hacer, señor Space, «comprender». Saber no es más que ver las cosas desde un estrecho callejón, el de nuestras limitadas posibilidades; comprender es hundirse en la esencia de las cosas, aunque estén fuera de nosotros, «en otra manera de estar».

Se había levantado y momentos después caminaba yo hacia la verja, con la mente seriamente atormentada.

Al poner el coche en marcha, después de encender un cigarrillo, sonreí. Yo no podía compararme, en sapiencia, con aquel insigne hombre; pero, por lo menos, el doctor Hormer me había

proporcionado, sin darse cuenta, un maravilloso argumento.

CAPÍTULO PRIMERO



L alarido resonó lúgubremente en toda el edificio. Dejando su pluma sobre la mesa, el doctor Duggan levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo.

El grito se repitió en el pabellón de hombres, pero no hubiese hecho falta aquel

«bis» para que Cliff Duggan supiese quién lo había emitido. Por eso había fruncido el entrecejo,extrañándose de que Staff estuviese nuevamente agitado.

Al tercer grito, Duggan pulsó uno de los botones que había en el cuadro, encima de su mesa y miró hacia la puerta, que no tardó en abrirse dando paso a una muchacha joven vestida de enfermera.

—¿Llamaba usted, doctor?

—Si. ¿Se ha retirado ya a dormir el doctor Good?

—Está cenando.

—Ruéguele que venga, señorita Page.

—Al momento.

Cuando la puerta se abrió nuevamente, momentos más tarde, un muchachote alto y fuerte apareció en el umbral. Duggan, que había encendido un cigarrillo, le hizo un gesto para que entrase.

El otro cerró la puerta, sentándose en uno de los dos sillones que había a aquel lado de la mesa.

—¿Ha oído usted los gritos, Harry?

—Sí. Era Staff.

—No lo comprendo; pero, de todos modos, habrá que ponerle la camisa de fuerza y aislarle.

—Bien, señor.

Hubo una pausa.

—Después puede usted irse a dormir.

Harry Good sonrió.

—Creo que ha olvidado, doctor Dugan, que mañana es mi día libre y que deseaba irme esta misma noche.

—¡Ah!

—Verá usted, señor. Laura, mi prometida, sale para el Continente mañana por la mañana y deseaba pasar la noche en su casa, ya que su familia me ha invitado al teatro.

—Perfectamente. No veo ningún inconveniente de que se vaya usted, una vez haya aislado a Gordon Staff. Revolucionaría toda la

casa si le dejásemos así.

—Lo haré ahora mismo.

Se había levantado e ido hacia la puerta. Allí se detuvo, volviéndose a medias.

—¿Quiere algo más?

Cliff sonrió, tristemente.

—Nada. Sólo le deseo que pase una agradable velada.

—Gracias, doctor.

Al quedarse solo, Dugan encendió otro cigarrillo, estirando después el brazo para apoderarse de un mentón de carpetas amarillas que tenía sobre la mesa.

Las examinó, una por una, cogiendo últimamente una de ellas que abrió, extrayendo del interior ima serie de papeles, que colocó ante sí.

HISTORIAL CLÍNICO

Nombre: Gordon Staff.

Edad: 36 años. — Estado: soltero.

Dirección de su familia: Procede de los Estados Unidos y sus gastos corren por cuenta de la International Bank de Chicago.

Enfermedad actual: — Llegó al Sanatorio el 22 de septiembre, en estado de intensa confusión mental. Desorientación en espacio y tiempo. Reflejos alterados. Intranquilidad general. Verborrea. Ideas delirantes. No se observan fenómenos de catatonía.

Contenido ideativo: — El paciente sufre de alucinacionesy se cree constantemente perseguido por un grupo de poderosos enemigos

que no le deja en paz un solo momento. Franco delirio de referencia. Sus enemigos le hablan desde las paredes e intentan apoderarse de su voluntad por todos los medios. Dice que posee la fórmula para hacer inútiles todas las bombas atómicas y de hidrógeno del mundo. Y cree que ése es el motivo de la cruel persecución de que es víctima.

Está seguro de que penetrarán por cualquier sitio y colocarán un cable en la cabecera de su cama para robarle su fabuloso invento. Sospecha de cuanto le rodea y mira con desconfianza a la señorita Page, afirmando que se trata de un espía de sus enemigos.

Conclusión clínica: — Sin establecer aún un diagnóstico definitivo, está claro que Gordon Staff padece una enfermedad del tipo de, las esquizofrenias con un fuerte delirio de referencia. Su estado es grave y es de temer una pronta demenciación.

Luego, en otra hoja:

Tratamiento: — Se ha empezado con choques insulínicos y después con cardiazol. Su obstinado delirio ha obligado a utilizar el electroshock, del que ha recibido hasta ahora cuarenta y tres sesiones, últimamente, 6 de octubre, parece haber mejorado en su estado general, desapareciendo sus alucinaciones. Véase nota adjunta del doctor Good.

Pero Duggan no leyó más.

El sueño y el cansancio de la jornada, que había sido excesivamente rica en trabajo, le hacía entornar los ojos, como si los párpados se hubiesen convertido en dos láminas de plomo.

Apagó el cigarrillo y se puso en pie, pasando a la habitación vecina donde estaba su cuarto. Sin desnudarse, completamente rendido, se dejó caer en el lecho, obteniendo una sensación de placer al poder cerrar definitivamente los ojos.

Momentos después, se había dormido profundamente.

* * *

Durante unos segundos más, Gordon siguió oyendo los pasos del doctor Good que se alejaba. Después, más allá del pasillo, la puerta se cerró y el silencio se hizo, con una intensidad tremenda.

Tenía el cuerpo tenso.

Harry Good, ayudado por los enfermeros, que se hablan ido antes que el doctor, había apretado de firme los lazos de la camisa de fuerza, pero no lo suficiente para dificultar la circulación de Staff que, sin embargo, experimentaba una opresión creciente en el pecho.

Su cerebro, por el momento, estaba tranquilo.

Pero él sabia que «los otros» no iban a tardar en presentarse nuevamente, insultándole desde todas partes, con aquellas nuevas palabras que ahora poseían para Staff una inédita significación.

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Hasta ahora, los había considerado como enemigos, como extraños, como seres que no buscaban más que su perdición al robarle el secreto formidable que poseía,

Porque élera un sabio.

De eso, nadie sabía nada y mucho menos los médicos del Sanatorio. Nadie sabía nada porque los hombres que le sacaron del laboratorio americano, horas después de que hubiese comunicado su fantástico descubrimiento, no dijeron nada a nadie y le enviaron, como un simple paciente, a aquel Sanatorio de Inglaterra.

¿Cómo iban a estar conformes con él, que había descubierto la manera sencilla de inutilizar sus bombas atómicas y termonucleares?

Bastaba una operación elemental, de orden mental, para suprimir el

peligro que encerraban aquellas máquinas de destrucción, haciendo que los átomos de uranio y plutonio que había en ellas se convirtiesen en partículas incapaces, definitivamente, de entrar en una reacción en cadena.

Y ellos no querían inutilizar las armas.

Estaban orgullosos de ellas y habían comprendido, aunque no completamente, que él, Gordon Staff, podía inutilizarlas en un solo instante.

No, no podían haberle comprendido… y lo tomaron por loco, enviándole a Inglaterra, con un falso nombre, ya que nadie debía conocer su verdadera personalidad.

La lástima era que no recordaba su verdadero nombre.

Muchas veces lo había tenido en la punta de la lengua y casi lo había llegado a pronunciar, pero, siempre, en aquel instante, «ellos» hablan vuelto a las andadas, insultándole de una manera espantosa.

Antes…

Sí, porque ahora se había dado cuenta dé que aquellos insultos, aquellas amenazas estaban plenamente justificadas y él merecía todo cuanto le hubiesen hecho.

¿Como había dudado tanto y tardado tanto en darse cuenta?

Ya le había parecido a él, algunas veces, cuando era el célebre profesor… (no, no podía decir el nombre) que el mundo estaba regido por poderosas fuerzas mentales que llegaban desde fuera de la Tierra.

Lo que ignoraba era que él fuese uno de aquellos enviados, nacido de seres humanos para que nadie se diese cuenta de que era un extraño, de que sólo su apariencia humana le hacía parecer a los que le rodeaban.

Lo importante era que «ellos» le comunicasen sus proyectos, ya que él estaba dispuesto a obedecer ciegamente, puesto que había comprendido su identidad y empezaba a darse cuenta de muchísimas cosas en las que no había reparado hasta entonces.

«Hola».

¡Ya estaban aquí!

Sonrió, feliz, al darse cuenta de que no le habían olvidado, cosa que temió durante unos instantes.

«¿Estás contento?»

—Sí, mucho. Tenéis que perdonarme de que, hasta ahora, os hubiese tomado por enemigos. No comprendía vuestros mensajes.

«Siempre pasa igual. Cuando penetramos en la mente de un ser humano, la reacción suele ser la misma. Y es natural. El cerebro de los hombres esincapaz de concebir la grandeza de nuestras mentes...»

—¿Así soy humano?

«¿Qué creías ser?»

—Como vosotros. Estaba plenamente convencido de que era uno de los vuestros y que sólo mí cuerpo podía contundirme con un hombre.

«Algo de eso hay, profesor Flower...»

Fue como si una poderosa descarga le hubiese sacudido.

¡Lewis Flower!

Si, aquél era su verdadero nombre y ahora se daba cuenta de todo lo que había sido en el pasado. Ya empezaba a comprender.

La vos que sarta de la pared prosiguió:

«Nos complace que te sientas uno de los nuestros; porque, a partir de este momento, ya lo eres. Hacía muchísimo tiempo que esperábamos este instante, Gordon».

—¿No me llamo Flower?

«Si, pero conviene que te llames ahora Gordon. Dentro de poco te daremos otro nombre: el que utilizarás para que, nadie se dé cuenta de que nos estamos haciendo los dueños de este planeta. Porque ése es

nuestro objetivo».

—Lo presentía.

«Durante siglos, hemos estado intentando apoderarnos de las mentes de los humanos. Muchas veces conseguimos regir la Historia y te sorprendería saber los nombres de los que, sin que nadie sospechase nada, fueron nuestros amigos en la Tierra. Muchas testas coronadas y hombres poderosos estuvieron a nuestro servicio. Pero, por desgracia, lahumanidad reaccionó siempre, tardo o temprano, cortando las alas a nuestros grandiosos proyectos...»

—¿Y ahora?

«Ahora es distinto. Hemos aprendido, a fuerza de-fracasos y tauteos, que los métodos empleados en todo este tiempo eran malos. Nuestro último agente, Adolfo Hitler, estuvo a punto de conseguir lo que deseábamos; pero, cuando todo parecía ir bien, nos desobedeció causando la ruina de todos nuestros planes.

»No, Gordon, la guerra, como antes creíamos, no es el procedimiento que hemos de seguir para apoderarnos de la Tierra. En otros mundos, esa misma táctica nos dio excelentes resultados... pero en los habitantes de estos planetas no existía la idea arraigada de la libertad, que es vuestra verdadera obsesión.

»Basta que encendamos un conflicto mundial, utilizando a nuestros colaboradores, para que una reacción se produzca en el mundo y, en aras de esa tan cacareada libertad, deshagan nuestros más caros proyectos. Por eso, amigo nuestro, hemos de intentar una nueva táctica, apoderándonos del planeta sin violencia alguna, adueñándonos de él con la hábil utilización de eso que los hombres dicen amar tanto: la paz.»

—¿Contáis con muchos colaboradores?

«Sí, Todos los frenocomios están llenos. Verdad que muchos de ellos no están aún en el estado perfecto en que tú te encuentras, habiendo entrado definitivamente en contacto con nosotros. Pero los que, como tú, han terminado comprendiendo la razón de nuestra presencia en la Tierra, pueden sersuficientes paraqueiniciemos, inmediatamente, la conquista.»

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venis?

«Eso lo sabrás en su día, Gordon. Cuando te permitamos que nos veas… si es que consideramos útil materializarnos de manera a que tus pobres sentidos nos perciban. Bástate saber que somos la Mente, el Cerebro… y que venimos de lo hondo del Universo, criaturas sin forma ni cuerpo, entelequias que se mueven por una dimensión inconcebible para los hombres.»

—¿Y para qué, siendo tan poderosos, deseáis conquistar los mundos materiales?

«Para impedir que la mente infantil de las criaturas llegue a invadir el Universo. Es un peligro enorme, Gordon, que ya se produjo en otros mundos. Y también fue una dolorosa lección para nosotros, que tuvimos que luchar desesperadamente para conseguir mantener nuestra primacía cósmica.

»Por eso, en vuestro caso, deseamos cortar de raíz el peligroso camino que sigue, vuestra mente. Tú ya sabes que el hombre se dispone a salir al espacio y que ha empezado ya sus primeros intentos, sus balbuceos cósmicos.

»Lo que el hombre ignora es que, una vez fuera de la Tierra, en medio de los espacios interestelares, su mente será capaz de concebir cosas que ahora ni sospecha. Es una Ley a la que ninguna criatura escapa, Gordon, una vez fuera del planeta donde vio la luz, su mente es capaz de llegar a regiones universales… como nos ocurrió a nosotros.

—¿También fuisteis criaturas materiales?

«Sí. Pero tuvimos la suerte de ser los primeros en escapar a la jaula limitada de nuestro Sistema. Muchos siglos después, cuando volvimos a nuestros planetas, éstos hablan desaparecido completamente a causa de una colosal catástrofe cósmica…»

—¿Erais materialistas aún?

«Un poco. Estábamos, justamente, «liquidando» los pequeños restos de nuestra Biología. Teníamos una forma curiosa, elemental. Porque has de saber que lo que vosotros consideráis como evolución orgánica es, cuando se llega a la cima, el comienzo de la «desmaterialización».

—No entiendo.

«Todas las formas que los seres vivos, biológicamente, van teniendo a medida que avanzan, son «maneras de estar», meros escalones que les conducen hasta lo alto de una verdadera transformación. Por eso no se puede hablar de «modos de ser», cosa que no existe, sino de «maneras de estar». Al liquidar su materia, la mente «es»... y así nace el ser.

»Nosotros «somos». Porque fuimos los primeros en salir al espacio e iniciar nuestro proceso de desmaterialización Todo iba bien hasta que nos dimos cuenta de que existía el peligro de que otras criaturas llegasen a nuestra fase, iniciándose entonces una horrible batalla por el dominio de «todo». Para evitarlo, empezamos a conquistar mundos, sistemas, galaxias, destruyendo todo lo que podía oponerse a nuestro dominio. ¡Queremos ser los únicos dueños del Universo».

—Pero... ¿cuál es vuestro fin?

«Ser: ése es nuestro fin. Una vez que la criatura abandona la forma, que es como el vestido de una «manera de estar», por evolucionada qué sea, sudeseo de «ser», ser siempre y no dejar jamás de serlo».

—¿Sois eternos?

«Para lo que el hombre considera eternidad, sí. Pero también tenemos nosotros nuestro tiempo, completamente distinto al vuestro, pero limitado, de una cierta manera».

—¿Morís entonces?

«Poco podríamos morir, ya que no vivimos. Para nosotros, el final es dejar de ser. Y esto ocurre cuando chocamos con una dimensión superior, fuera de todo espacio, donde la mente no puede subsistir...»

Hubo una pausa y las paredes enmudecieron.

«Todo eso —hablaron los muros, momentos más tarde— escapa a las posibilidades de tu mente, porque tu cerebro se nutre y es orgánico, encerrando los poderes que podrías llegar a tener. Lo que interesa ahora es que empecemos nuestra conquista. Hemos pensado y madurado un plan que no puede fallar: un plan del que hemos borrado toda violencia, ya que ésta no nos ha servido para nada en este mundo.

»Sin embargo, cuando llegamos a la Tierra, hace muchos miles de años, sorprendimos una escena que nos hizo creer que erais como los demás habitantes de otros mundos: dos clanes prehistóricos se estaban asesinando mutuamente, en una batalla sin perdón. Sólo el tiempo, más tarde, nos demostró que no sois esencialmente violentos, aunque lo creáis así y que avanzáis demasiado aprisa, lo que quiere decir que vuestra mente es la más peligrosa que encontramos en sitio alguno del Universo.»

CAPÍTULO II



LIFF se despertó sobresaltado, sentándose en el lecho y mirando, con ojos asombrados, cuanto le rodeaba. Había dejado las luces encendidas y un olor a tabaco penetró desde el despacho, invadiéndolo todo.

Se levantó, pasando a la estancia vecina y no extrañándose al encontrarse con una humareda que salía de las cenizas candentes. del cigarrillo, que no había apagado bien.

Pasóse la mano por la frente.

Un sudor frió estaba pegado a la piel, sin que Duggan pudiese explicarse el motivo. Ni el cansancio ni las preocupaciones eran los responsables deaquella creciente angustia que, desde que se había despertado, se había apoderado de su ánimo.

Intentó recordar si había padecido alguna pesadilla en el poco rato que estuvo dormido, pero no logró precisar nada. Él sabía que los restos oníricos, salidos del subconsciente, podían alterar el estado de la conciencia, infundiéndole temores y angustias que, en la mayor parte de los casos, eran simplemente resultados de sensaciones orgánicas.

Así, al dormir en mala postura, ejerciendo una presión anormal sobre vísceras o plexos nerviosos, podían producir y desencadenar procesos angustiosos asociados a sueños más o menos significativos.

Encendiendo un cigarrillo, se dijo que no debía dejarse llevar por vanos y absurdos temores.

—Lo que me conviene —se dijo, en voz alta— es unas buenas vacaciones junto a mi esposa que, de seguir así, se verá obligada a pedir el divorcio.

Sonrió.

Estaba seguro de que Gladys no haría jamás aquello, pero se sentía sinceramente culpable de abandonarla por tanto tiempo, dedicándolo todo a la clínica que, si bien le proporcionaba sus medios de vida, no debía esclavizarlo de aquella dictatorial manera.

Si, tenía que organizar su trabajo y arreglar las cosas de manera a, estar un poco más junto a Gladys. Llevaban diez años de casados, pero eso no era óbice para no verla más que una vez a la semana y siempre por un tiempo que una llamada telefónica solía reducir a pocas horas.

«Hablaré con Harry — pensó — y le propondré que se asocie conmigo. .Justamente va a casarse ynecesitará unos ingresos mayores. Quedándonos una semana cada uno, podré pasar unos días en casa, olvidándome de todo.,.» .

¿Podría hacerlo?

Precisamente, en aquel instante, seguía preocupado por Staff y sus desaforados gritos de antes. Aquel enfermo le intrigaba, ya que, pocos habían vuelto a su delirio después de un tratamiento tan masivo como el que se le había aplicado a Gordon.

Dispuesto, a saber cómo seguía, salió del despacho, empezando a andar por los desiertos y silenciosos pasillos. Al llegar al final de uno de ellos, tomó una escalerilla que conducía a las habitaciones de los, aislados, en las que se solía encerrar a los furiosos e irritados.

Solo estaba Staff.

Aquellas celdas, de paredes acolchonadas, habían estado desiertas muchísimo tiempo y ése era el motivo más lógico del orgullo que Cliff sentía hacia sus tratamientos. Ahora, por culpa de aquel enfermo, se vela obligado a bajar al sótano que, particularmente, no le gustaba nada.

Un largo pasillo estaba poblado de puertas, las unas frente a las otras y dotadas todas ellas de mirillas externas, de modo a permitir

ver lo que pasaba en el interior sin necesidad de abrirlas.

Desde la entrada del pasillo, Cliff oyó las voces que daba el paciente.

—i Sí, quiero hacer lo que me mandéis! ¡Ya no sois mis enemigos, sino que me he convertido en vuestro colaborador! ¡Claro que podréis adueñaros de este planeta!

Le extrañó un poco el que el delirio hubiese perdido su «referencia» y que Gordon se hubiera congeniado con sus alucinaciones. Generalmente, salvo en algunos casos de hebefrenia, y sólo a veces, los esquizofrénicos reaccionan violentamente contra las alucinaciones, a las que culpan de todas sus desdichas, llegando a golpear las paredes «que hablan».

Ya era raro que un enfermo hablase pacíficamente con sus irreconciliables enemigos invisibles.

Pero no era aquélla la única sorpresa que esperaba a Cliff.

Así, cerca de seis metros antes de llegar a la puerta, la voz del enfermo se hizo súbitamente clara:

—¿Para qué viene a molestarme, doctor Duggan? Podía haber seguido durmiendo tranquilamente… ¡Déjeme tranquilo! ¿No ve que estoy hablando con mis poderosos amigos?

Duggan se paró, en seco.

Durante unos segundos, confuso, estuvo a punto de creer que Gordon era capaz da ver a través de las paredes; pero sonrió, comprendiendo que el demente debía conocer su manera de andar.

De todas formas, los nervios le hicieron sacar la pitillera, extrayendo un nuevo cigarrillo.

—¿Va usted a fumar otra vez, doctor?

La voz de Staff sonaba poderosamente en el hueco recinto del sótano y aquello no dejó de impresionar al médico.

—¡No debe fumar tanto, director! Antes, cuando se ha despertado,

se dio cuenta de que había dejado un cigarrillo encendido... ¿Y si se hubiese quemado su hermoso sanatorio?

Aquello era demasiado.

Porque Cliff no podía dudar, en modo alguno, que Stall, desde el interior de la celdade agitados, estaba leyendo en su mente como en un libro abierto.

Dio media vuelta y salió, acelerando el paso, hacia la escalera que comunicaba con el resto del edificio.

Una alucinante, carcajada le siguió, hasta que cerró la puerta del sótano, dirigiéndose hacia la habitación del médico de guardia.

Cómo Good había salido aquella noche, la doctora Russel, encargada normalmente del Pabellón de Mujeres, se había quedado de guardia y fue a ella a quien Cliff encontró en el despacho central.

Palmira Russel era una mujer verdaderamente linda, aunque no fuese hermosa. Poseía un encanto positivo y una personalidad agradable, aunque profesionalmente dejase mucho que desear.

En efecto, para la señorita Russel todos los enfermos eran accesibles a la sicoterapia y al sicoanálisis. Idolatrando estas escuelas, desde Freud, Adler y Young a los modernos técnicos americanos de la «catarsis», Palmira no podía comprender cómo se diagnosticaba aún una sicosis, cuando para ella no existían más que neurosis más o menos complicadas (**[2]**).

—Buenas noches, señorita Russel.

Como siempre, Palmira estaba leyendo un libro de narcoanálisis.

La voz de. Cliff debía sonar a falso, porque ella levantó prestamente la cabeza, clavando la mirada de sus ojos verdes en el rostro descompuesto del director.

—¿Se siente usted mal, doctor Duggan?

Él no contestó inmediatamente, dejándose caer primero en un sillón del despacho.

Ella se habla levantado, solícita.

—¿Quiere beber algo?

—Si, muchas gracias. Deme un buen vaso de «whisky». Lo necesito.

Ella obedeció, extrañada de que Cliff bebiese a aquellas horas, sabiendo además que no amaba demasiado el alcohol.

Duggan sorbió un gran trago.

—¡Uf! — exclamó, con un asomo de sonrisa—. Ahora me siento un poco mejor.

—¿Cansado?

—No —la miró fijamente y viendo el libro que había dejado ella sobre la mesa—. Oiga, doctora Russel: usted que ha leído tanto... ¿sabe algo de la telepatía?

—¿De la telepatía? ¿Sabe usted que es una pregunta bastante rara?

—¿Va usted a contestarla con otra pregunta?

Ella sonrió, permaneciendo unos instantes en silencio; después:

—La telepatía —dijo—se ha estudiado, definiéndose como una facultad mental que consiste en establecer contacto, más o menos activo, con objetos o hechos que acontecen a distancia, que hacen imposible una recepción directa, a no ser artificial, como por ejemplo la radio, el teléfono o la televisión

—Tocio eso está bien; pero ¿ha oído hablar detelepatía en esquizofrenia?

—No.

Él. le relató, entonces, con todo lujo de detalles, lo que acababa de ocurrirle.

—No quisiera echar por tierra su experiencia de hace un momento, doctor Duggan; pero ¿no cree que ha de buscar la causa en su fatiga, el haber dormido poco y la excitación producida por el tabaco?

—No, señorita Russel. No soy un neurótico.

—No he querido decir eso.

—Pero lo ha pensado. Staff me ha visto «a través de las paredes» y, además, y eso es lo más grave, «ha leído mis pensamientos».

—Esto puede ser sumamente interesante, doctor.

—Yo no lo veo así.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que llevo quince años cuidando enfermos mentales y nunca me he encontrado con nada semejante. Staff es un hombre extraño, que nos ha llegado de una manera rara... ¿Sabe que fue el Departamento de Estado el que nos lo confió?

—No, no lo sabía; pero eso no hace más que aumentar el prestigio de su establecimiento, señor.

—No es eso, doctora. Usted es médico como yo y sabe que no nos asustamos por poco en esta endiablada especialidad. ¿Qué puede haber en el mundo que no haya visto u oído un siquiatra? A nadie se le dicen cosas tan íntimas, se le confiesan horrores tan indecibles... Si hay alguien que pueda tener una idea aproximada de la «verdadera» naturaleza humana, ése es el siquiatra.

—¿Adonde quiere usted ir a parar?

—No lo sé. Voy a hablarle con toda franqueza, señorita Russel, de colega a colega: tengo miedo.

—El miedo es una forma sublimada de angustia.

—Me importa un bledo cualquier clase de definición. Tengo miedo: eso es todo.

—Pero... ¿miedo de qué, doctor?

—No lo sé. Miedo de «algo» que no puedo definir; pero que, sin embargo, «presiento».

Ella sonrió, francamente.

—No se ofenda, señor; pero, también de colega a colega, le ruego que tome cualquier sedante y se acueste. Mañana verá usted las cosas desde otro punto de vista... mucho más normal.

Cliff cerró los puños.

—¡Con usted no se puede, doctora Russel! Tiene usted la personalidad tan deformada por la especialidad, que no puede ver más que neurosis por todas partes... ¡Entiéndame, por todo lo que más quiera! Dese cuenta de que cualquier otro, en mi lugar, experimentaría lo mismo que yo siento ahora: la extrañeza de encontrarme ante algo que no puedo definir, fijar científicamente...

—Tome un cigarrillo, doctor —dijo la mujer— y descanse unos minutos. Después seguiremos charlando.

* * *

La puerta se cerró, allá arriba, en el final de la escalera, cuando el doctor Dugan pasó el cerrojo y el sonido metálico murió instantes después.

Los ojos de Staff brillaban intensamente.

—¡Gracias! Me habéis dotado de poderes formidables... ¡Gracias!

«Eso no es nada —dijo la pared—. No hemos hecho más que empezar... Ahora vamos a liberarte...»

—¿Eh? ¿Es que no os habéis dado cuenta de que llevo puesta la camisa de fuerza?

«Sí. Ya lo sabemos. Pero eso no será impedimento alguno... ¡Hincha los músculos!»

—¡No puedo!

«Sí puedes... Tú no tienes más que poner a contribución tu fuerza muscular, nosotros haremos el resto... duplicaremos cuanto sea necesario tu esfuerzo. Ya verás... ¡Hincha los músculos!»

Gordon obedeció y hasta pareció que los ojos se le iban a desorbitar; pero, a pesar de todo, no creía en la eficacia de aquella táctica. Conocía demasiado la resistencia de la camisa de fuerza para hacerse muchas esperanzas.

Momentos más tarde, cuando el tejido se desgarró. como si hubiese sido papel, Staff lanzó un rugido de satisfacción.

—¡Lo conseguí!

«¿Lo has visto?—la voz, desde la pared, tenía un cierto tono burlón —. Y eso no es nada, amigo mío... Ahora vamos a abrir las puertas y llevarte al despacho del médico de guardia... ¿Sabes quién está allí?»

—¿El doctor Good?

«No. Ese marchó de permiso... Allí están los doctores Russel y Duggan. Cuando llegues allí, ya estará todo preparado. Porque antes vas a ir a ver a alguien; es decir: alguien está ya camino de tu celda».

—¿Cómo abriré las puertas?

«Te las abrirán, Staff, te las abrirán... ¿No oyes ya unos pasos en el piso de arriba?»

Gordon prestó atención.

—Sí, los oigo.

«¡Concéntrate ahora! ¡Has como antes! Entorna los ojos y frunce el entrecejo con fuerza... ¿Ya está?»

—Sí.

«¿Qué ves?»

—¡La señorita Page, la enfermera! Ha cogido las llaves del cuarto de guardia y está abriendo la puerta del sótano...

«Eso es, Gordon. Está obedeciendo nuestras instrucciones».

—¿Eh? ¿Ella también?

«Sí, Staff… También estuvo interna en un Sanatorio hace tres años. Fue internada con otro nombre; padecía un «brote esquizofrénico agudo». Naturalmente, el doctor Duggan ignora este pequeño detalle…»

.—¡Es formidable!

«Durante su estancia en el frenocomio, conseguimos que se pasara a nuestras filas. Durante todo este tiempo, siendo ya enfermera, ha estado en comunicación con nosotros. Claro que aprovechábamos solamente los momentos en que estaba sola, ya que no queríamos que los médicos creyesen que tenía alucinaciones».

Los pasos se oyeron claramente y momentos después se abrió la puerta, dejando que la joven enfermera entrase.

Miró a Staff, sin parecer importarle mucho la camisa de fuerza, desgarrada, que yacía a sus pies.

—Debe venir conmigo, señor Staff.

—Sí, ya lo sé.

—Tengo una pistola.

—¿Una pistola? ¿Para qué?

—Ya lo verá. Vamos.

Gordon, antes de abandonar la celda, miró hacia la pared, como si necesitase el asentimiento de «ellos».

Pero la enfermera movió la cabeza.

—Ya se han ido, señor Staff… Vamos, por favor.

Él la siguió, dándose cuenta de la importancia que aquella mujer tenía en los planes de «ellos». Movido por una curiosidad que no se atrevió a formular cuando estaba en la celda, inquirió:

—¿Cómo los llama usted, señorita Page?

—Sencillamente «seres». Lo que son.

—Gracias.

Al llegar a lo alto de las escaleras, ella se volvió hacia él:

—No haga el menor ruido. Tenemos que sorprenderlos.

—Bien.

Momentos después, el rumor de la conversación que sostenían los dos médicos llegó hasta ellos y casi en seguida se detuvieron ante la puerta del despacho de guardia.

—Pase usted primero, señor Staff —dijo la enfermera—, Es necesario que se sorprendan. No tema, yo entraré en el momento oportuno.

CAPITULO III



E encuentra usted mejor, doctor Duggan?

C1iff miró su segundo vaso de «whisky», que acababa de terminar y sonrió.

—Un poco.

Ella experimentó la clara sensación de que acabababa de ganar una importante batalla.

—Nosotros, los siquiatras —dijo, sentándose al lado de su director —, deberíamos prevenirnos contra el ambiente que nos rodea. Es curioso que en todas las demás ramas de la medicina, existan procedimientos preventivos, que sitúan al facultativo fuera del alcance de las enfermedades que trata un médico ere infecciosas se vacunará antes do combatir una dolencia, un especialista en rayos X trabajará detrás de una barrera protectora de plomo y tomará dosis masivas de vitamina A para ayudar a su visión en la oscuridad. Nosotros, por el contrario, no tenemos arma alguna; es decir, no utilizamos ningún escudo que nos defienda de las insidiosas enfermedades que nos rodean. Tratamos obsesivos, maniacodepresivos, esquizofrénicos, neuróticos y epilépticos, sin ninguna barrera que nos proteja contra las ideas de nuestros enfermos, mil veces más peligrosas que cualquier germen patógeno. Aunque, como he dicho antes, poseemos medios que no utilizamos.

La sonrisa se acentuó en el rostro de Cliff.

—¡Bonita manera de proponer que me haga un sicoanálisis, doctora Russel!

—¿Qué mal habría en ello?

—Mucho. Cuando un siquiatra empieza a dejarse examinar por uno de sus compañeros, la cosa deriva, mil veces sobre mil una, por un mal camino. Ya sabe usted que ninguno de nosotros somos normales y que, sin darnos cuenta, hemos visto que poseemos complejos, a veces más peligrosos que los que tratamos. Pocos hay, en nuestra profesión, que no hayan pasado una época depresiva después de tratar con un enfermo de este tipo o no hayan creído ver cosas raras al estar mucho tiempo con un alucinado. De todas formas, aunque no existe una verdadera inmunidad, el siquiatra olvida sus propios males curando lo de los otros, axioma que se cumple igualmente en las demás ramas de la medicina.

—Está usted en un error...

—Puede ser. Pero no quiero ahondar en mi subconsciente, doctora Russel. Es posible que tenga miedo o que no me guste descubrir cosas que, como otro ser humano cualquiera, guardo celosamente para mí solo.

—Todo eso está muy bien, doctor; pero yo sólo quiero prevenirle de que cuando las ideas empiezan a ser lo que los franceses llaman tan gráficamente «barrocas», hay que prevenirse.

—Veo que sigue usted en sus trece, amiga mía... Y eso es precisamente lo que me duele: que no crea ni una sola palabra de lo que le he contado. Aunque, afortunadamente, hay una manera de convencerse. ¿Y si bajásemos al sótano?

Ella le miró, sin decir nada.

—En el caso de que el fenómeno se repita, no habrá duda alguna de la perfecta integridad de mi mente. Si la cosa no ha existido más que en mi imaginación... y bien, ¡qué diablo!, estoy dispuesto a tenderme en un sofá y dejar que ahonde usted en mi cerebro.

—Ésa es una proposición de lo más interesante... ¿Vamos?

—Cuando usted quiera, doctora.

—No hace falta.

Se volvieron, al unísono, hacia la puerta, que acababa de abrirse silenciosamente.

Gordon Staff estaba allí, mirándoles, con cara sonriente.

Cliff se quedó con la boca abierta. Era completamente imposible que el enfermo se hubiese librado de la camisa de fuerza y hubiera abierto todas laspuertas que separaban las celdas de los agitados de aquel despacho.

El asombro le dejó paralizado.

En cuanto a la doctora Russel, su sorpresa no era menor; pero en ella, el miedo había tomado la delantera y retrocedió unos pasos, mortalmente pálida.

—¿Sorprendido, doctor Duggan?

Cliff no tardó en serenarse.

Acostumbrado al trato con los enfermos mentales, se había encontrado, a lo largo de su vida profesional, en situaciones que, no tan extrañas como ésta, habían sido igualmente peligrosas. Sabiendo que, ante todo, no debía contradecir al esquizofrénico, recobró su sangre fría, logrando que un esbozo de sonrisa distendiese la tirantez que el asombro había puesto en su rostro.

—Sí, estoy sorprendido, señor Staff; pero, después de todo, me alegro de que haya venido, puesto que deseaba verle, justamente.

El otro torció el gesto.

—Pierde su tiempo al intentar tranquilizarme, doctor. Estoy perfectamente sereno, se lo aseguro.

—¿Y quién lo duda?

—¡Basta! Está tan habituado a tratarnos así, que no puede evitarlo. Pero ahora es distinto, señor director…

La aparición de la señorita Page, con una pistola en la mano, colmó la medida, y la doctora Russel no pudo evitar un grito de espanto.

Pero Cliff notó que la cólera le ganaba.

—¿Qué significa esto, señorita Page?

Ella sonrió.

—No se alarme, doctor. No es más que, como ustedesdicen, medicina preventiva... ¡No se muevan!

—Pero...

—No pierda el tiempo, director. Las cosas han cambiado, come ha dicho muy bien el señor Staff. Ahora serán ustedes los que pasarán a las celdas de los agitados.

—¿Está usted loca?

—¿No le parece una palabra demasiado cruda en un establecimiento como éste, doctor Duggan? Usted nos decía siempre que no hay locos, sino pacientes. ¡Vamos!

Cliff deseaba ganar tiempo.

Su cerebro estaba hirviendo, buscando inútilmente una explicación a todo aquello, que se parecía al contenido de la más anormal pesadilla.

—Creo —dijo, suspirando y haciendo lo imposible por dominarse— que, al menos, podría usted explicarme el motivo de todo esto, señorita Page.

—Comprendo su curiosidad, doctor. Ya me imagino que debe parecerle grotesco, pero la realidad es ésta: hemos venido a apoderarnos de este planeta.

—¿Eh?

Cliff miró a su compañera, cuyos ojos estaban dilatados por el terror. Durante unos instantes, su sentido británico del humor estuvo a punto de manifestarse, rogando a la doctora que utilizase su célebre

sicoterapia para dominar a aquel par de dementes.

Pero lo que le dejó con la boca abierta fue la frase de la enfermera.

—Es usted un humorista, doctor. Lamento que las circunstancias le impidan decir a la doctora loque acaba de pasar por su mente. Y lo que me extraña, verdaderamente, es que no se dé cuenta de que le estoy hablando en serio. Le creía, en verdad, un poco más inteligente.

—¡Deje de decir estupideces, señorita Page!

La enfermera sonrió.

.-—Empieza usted a comprender, aunque de una manera harto lenta, que se encuentra ante una situación completamente inédita, doctor Duggan. Y si he hablado así, es porque tengo la seguridad de que jamás saldrá de la celda de los agitados. ¡En marcha!

La amenaza del arma era real y los dos médicos no tuvieron otro remedio que obedecer.

Staff les seguía, silencioso, serio.

Momentos después, la puerta de una de las celdas se cerraba tras ellos.

—Ya está —dijo la enfermera, guardándose las llaves en el bolsillo-canguro de su bata.

—¿Qué hacemos ahora, señorita Page?

—¿Por qué no nos tuteamos, Staff? Me llamo Ely.

—Ahora vamos a liberar a todos los que son nuestros amigos.

—¿No lo son todos?

—No. Pero no te preocupes... Hay muchísimos fuera.

Page fue abriendo las celdas de las que salieron, silenciosos y obedientes, muchos enfermos mentales, casi todos ellos diagnosticados de dolencias de tipo esquizofrénico, aunque había también algunos epilépticos.

—¿No sacamos ningún depresivo?

—No. Ya veo, Gordon, que los «seres» no te han dicho que los depresivos son «ensayos fracasados».

—¿Sí?

—Sí. Cuando los «seres» llamaron a la mente de esos hombres, no lograron más que remover sus capas puramente afectivas. Y el mensaje que les era enviado se convirtió en una tristeza negativa que ni ellos mismos pueden explicarse. No valen, Staff.

—Comprendido. ¿Y los epilépticos?

.—Esos son nuestros hombres de choque. Los «seres» irritaron sus cerebros para aumentar la violencia ciega de sus instintos. Por eso, el epiléptico es inconsciente cuando obedece las instrucciones que recibe de los que mandan ([3]).

—Ya veo.

Seguidos de todos los liberados, Staff y la enfermera llegaron al despacho del director, penetrando todos allí.

Ella los miró, en silencio.

—Vosotros —dijo a dos de ellos—, id al departamento de los enfermeros y sacadlos, encerrándolos en las celdas del piso primero. Tomad esta pistola, pero no la uséis a menos que tengáis una imprescindible necesidad.

Y cuando se hubieron ido:

—Fred.

Un verdadero gigante, de corte atlético, se adelantó.

—¿Qué desea, señorita Page?

—Voy a darte una dirección, en las afueras de la ciudad. Irás allá y penetrarás en una casa, yendo directamente al garaje… ¿Tú eres mecánico, verdad?

—Sí.

—Perfectamente. Allí, en el garaje, de esa casa, encontrarás un coche, un Austin gris, último modelo. Tienes que estropear el mecanismo de los frenos, de manera que, vayan inutilizándose, no de golpe, sino al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha.

—Está bien.

—Luego regresa aquí. Y no temas, no tendrás aura alguna durante todo este tiempo.

—De acuerdo.

Page fue dando otras órdenes y enviando a los enfermos liberados a hacerse cargo de todas las misiones que los empleados hicieron hasta entonces: cocineros, porteros, mujeres de limpieza. Todo ello fue «reorganizado» según un plan en el que no faltaba detalle alguno.

Una vez quedó sola con Gordon:

—Este sanatorio será nuestro Estado Mayor, Staff. Desde él iniciaremos la más fantástica ofensiva que se ha hecho jamás contra los habitantes de este Planeta.

.—¿Cuál es mi misión?

—Los «seres» te la irán comunicando. No tengas prisa, Gordon...

Se acercó al teléfono y marcó un número.

—Deseo hablar con el profesor Hormer —dijo.

Ydespués de una larga pausa:

—¿Profesor Hormer? Perdone que le moleste a estas horas de la noche, pero se trata de un asunto importante... Sí, le llamo desde Londres... No, el doctor ha salido urgentemente, paro deseábamos que usted viese a este, enfermo. Se trata de un esquizo con poderes telepáticos y que habla de una extraña invasión a la fierra... ¿Vendrá usted inmediatamente? Muchas gracias, profesor...

Y, después de darle las señas, cortó.

—No comprendo —dijo Gordon, encendiendo un cigarrillo.

—El profesor L. F. Hormer —repuso ella— es el más peligroso enemigo que tenemos en la Tierra.

—¿Por qué?

—Porque es el único que sospecha, aunque de una manera vaga e imprecisa, de la realidad de la situación.

—¡Es imposible que lo sepa!

—Saberlo, no lo sabe. ¿Cómo puede imaginar que lo que hasta ahora se ha llamado enfermedad mental no es, ni más ni menos, que una forma de vida, de un modo de ser auténticamente cósmico? ¿Cómo va a saber que los enfermos mentales somos, en realidad, vehículos materiales del Poder Mental?

—¿Entonces?

—No; no sabe nada, pero lo intuye... Es un hombre que, si conociese lo que aquí ha pasado o se diese cuenta de lo que va a pasar, asociaría los datos que posee con los que adquiriese, llegando a una conclusión que estaría, fatalmente, cerca de la verdad.

—¿Y es eso peligroso?

—Mucho. Porque la humanidad debe desaparecer sin darse cuenta de lo que le ocurre y sin sospechar jamás de dónde llega la causa.

—Entiendo.

—Por eso debe morir... y morirá.

* * *

El vehículo se detuvo en el exterior del aeródromo y los dos jóvenes bajaron, pasando al interior de un «hall» moderno, repleto de gente y

tremendamente animado por la presencia de los viajeros que acababan de llegar y los que esperaban salir de un momento a otro.

—¿De verdad que no quieres nada de París, Harry?

El doctor Good sonrió:

—De verdad que no, Laura. Además, no hace falta que te recuerde que somos dos prometidos pobres y que no debemos hacer excesivos gastos. Aunque espero que las cosas se nos arreglen pronto.

—¿Tienes algún plan, querido?

—Yo, no... Pero el doctor Duggan está dando vueltas al asunto, desde hace algún tiempo y creo que no tardaremos mucho en asociamos.

—¿Es posible?

.—Sí. Él no puede con todo el trabajo y su esposa no debe estar muy contenta de ver a su marido unas horas por semanas... ¡No se mueve de su despacho!

Ella frunció el entrecejo, dando a su boca una mueca divertida.

—-¿No querrá decir eso que debo ser yo, ahora, la que no tevea más que unashoras por semana?

—No. Haremos una semana de trabajo cada uno y una libre, salvo las visitas y tratamientos de la mañana. Ése es su plan... y me parece extremadamente correcto.

Ella se cogió a su brazo, ya cerca de la entrada al campo.

—¿De verdad que te gusta esa especialidad, amor mío?

—Sí, pero no vayas a creer que, a veces, me canso...

—Yo había pensado, cuando te conocí, que eras un médico como los otros; es decir, un doctor que visita enfermos y que los cura... no un hombre, encerrado en un sanatorio... con locos peligrosos.

—No es para tanto, querida.

—Sí. Y no vayas a creer que no me preocupa mucho esa especialidad tuya.

—Bueno, ya hablaremos de todo eso, Laura. Ahora sólo debes pensar en esos hermosos días que vas a pasar en París.

La muchacha se abrazó a él, ya junto a la entrada, besándole amorosamente.

—¡Cuídate mucho, Harry!

—Lo haré.

Salió del edificio, dirigiéndose hacia su coche, «su viejo cacharro» como él lo llamaba. Había soñado, como todos en aquellos largos años de Facultad, llegar a poseer un magnífico vehículo, una finca en los alrededores de la ciudad y un hermoso sanatorio con una placa dorada en la verja, que dijese a todos su nombre.

Sueños…

La circulación, en el centro de la urbe, le distrajo lo bastante para alejar de su mente las pesimistas ideas que se habían instalado en ella desde que dejó a Laura.

«Después de todo —se dijo—, no creo que tenga que exagerar tanto. El director va a hacerme su socio y mi vida cambiará por completo.»

Paró a la puerta de la casa donde vivía, en pensión—otra de las cosas que le amargaban bastante— y nada más penetrar en la escalera, la voz de la patrona se dejó oír, desde el cuchitril que le servía de despacho.

—¡Eh, mister Good! ¡Una carta urgente para usted! Acaba de llegar.

Harry se apoderó del sobre, frunciendo el ceño al ver el membrete del Sanatorio. Después, evitando la mirada ceñuda de la patrona, a la que debía un par de semanas, que había sacrificado para regalar un objeto a Laura, subió a su piso, penetrando en la habitación estrecha e incómoda en que vivía. Abrió la carta, sentándose sobre el lecho.

«Muy señor nuestro:

La presente tiene por objeto manifestarle que, habiéndose realizado un brusco cambio en la dirección de este Sanatorio, que ha sido vendido por su antiguo propietario, doctor Cliff Duggan, a su actual director, doctor Alan Combler, instalado con toda una nueva plantilla, queda usted definitivamente suspendido en su empleo de médico asistente y jefe del pabellón de hombres. La nueva dirección agradece a usted todos los esfuerzos realizadoshasta la fecha y le brinda un talón de ochenta libras esterlinas, cantidad que le adjunta para mitigar un tanto lo que creemos no será más que un corto cese en sus actividades profesionales.

Atentamente.»

CAPITULO IV



TAFF hizo que el coche se detuviese ante el edificio, en cuya puerta se leía, sobre la chapa de metal: W. Overson. Sicoanalista.

Era el quinto especialista de aquel género que visitaba en la mañana de aquel día.

Había pedido hora por teléfono y llegó en el momento justo, siendo recibido por el doctor.

La visita era lo menos interesante de todo para Gordon. Había recibido instrucciones de los «seres» y las obedecía ciegamente. Así, mientras contestaba de una manera mecánica al médico, su «mente telepática» recorría las fichas del doctor, situadas en un fichero metálico detrás del despacho.

Cientos de nombres, direcciones y profesiones se acumulaban en la formidable memoria que sus dueños le había dado. Y allí iban archivándose, junto a las otras que había recogido en las precedentes visitas.

Cuando terminó, escuchó, sin mucha atención, el tratamiento sicoterápico que le prescribía el especialista, pagó la consulta y se fue.

El taxi le esperaba en la puerta.

Poco después, penetraba en el sanatorio, yendo directamente al despacho del director, que ahora ocupaba.

Esperó la llegada de Ely.

Cuando ésta entró, una sonrisa de triunfo entreabría sus pintados labios.

—¿Cómo ha ido eso, Staff?

—Bien. He hecho cinco visitas y tomado nota telepática de cerca de dos mil nombres.

—¿Todos importantes?

—Trescientos esquizos.

—Esos serán de los nuestros.

—¿Y qué has hecho tú?

—Mi labor ha sido otra… muy distinta. En nombre tuyo, «doctor Combler», he rogado a cerca de treinta compañeras mías, que me reserven pequeñas cantidades de sangre de cuantos enfermos vean o inyecten. Les he hablado de unos estudios especiales de globulinas, que piensas realizar y les he prometido una libra por cada diez muestras frescas que me entreguen.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo!

—Son las instrucciones que recibí anoche. Hay tres de los nuestros, antiguos ingenieros, que llevan trabajando desde anoche.

—¿En qué?

—No lo sé. Estuvieron con «ellos» y se encerraron después en la celda número seis. Esta mañana, uno de ellos me pidió mil libras y le di lo poco que quedaba en la caja. Fue a comprar aparatos y cosas raras y volvió a encerrarse con los otros.

—¿Y no tienes idea de lo que están haciendo?

—No.

Hubo una pausa.

—Tenemos que llegar a saber —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Es necesario?

—SI. «Ellos» me, lo prometieron anoche.

—¿Qué te dijeron?

—Hablaron de ti y de mí. Dijeron que estaban muy contentos de nuestra manera de comportarnos y que nos prometían dejar pronto de ser seres humanos.

—¿Qué querrán decir?

—No me lo explicaron. Sólo me dijeron eso.

Staff encendió un cigarrillo.

—Es curioso, pero me siento extraño, como nunca lo estuve. A veces llego a creer que voy a ser como antes, como cuando estaba en los Estados Unidos.

—A mí me ocurre lo contrario, Gordon. Noto que me estoy separando definitivamente de mi antigua personalidad. El mundo me parece profundamente extraño, como si no hubiese nacido en él ni fuese el mío.

El frunció el entrecejo.

.—Quizá me estén abandonando.

—No lo creo. Ya te he dicho que están muy contentos de ti. Lo que nos ocurre es que son ellos los que viven en nuestros cerebros y nos sentimos, por eso, completamente extrañes a nosotros mismos.

—Es posible.

Fue entonces cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante!

Fred, el epiléptico, entró en el despacho.

Había cumplido a maravilla el trabajo que, le habían encomendado la noche anterior y los periódicos de la mañana relataron el

«desgraciado accidente» en el que había perecido el profesor Hormer.

Ahora, desde que regresó, «ellos» no le habían dejado un momento, ordenándole que coordinase todo y vigilase, todo.

—¿Cuándo tendremos las muestras de sangre, Ely?

—Dentro de unas horas.

—Hay que darse prisa. ¿Y tú, Staff?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tienes las direcciones y los nombres de los enfermos?

—Sí.

—Has de clasificarlos por importancia social. «Ellos» necesitan conocer la categoría de los más responsables, de los que puedan utilizarse con mayor provecho.

—¿Para qué?

—Eso no importa ahora. Cuando hayas acabado con la clasificación, baja al sótano… donde siempre.

—¿Con «ellos»?

—Si.

* * *

Harry estuvo a punto de reaccionar violentamente. Estrujando la carta que acababa de recibir, se vio sacudido por una oleada de cólera, pensado en ir al Sanatorio y tirar aquel cheque al rostro del nuevo director, que se había permitido eliminarle de una manera tan sucia como ineducada.

Pero, pensándolo mejor, se dijo que hacía ya tiempo que deseaba, en su interior, dejar aquella especialidad que, por otra parte, no agradaba a su prometida.

—Ella se alegrará de lo ocurrido —se dijo, en voz alta—. Puedo ir al Hospital de Infecciosos o, mejor aún, a algún servicio de Cirugía, cosa que siempre me ha gustado.

De todos modos, lo que le seguía extrañando era que el doctor Duggan hubiese terminado con un negocio que, evidentemente, era su razón de ser.

¿Qué podía haberle pasado para vender el Sanatorio de la noche a la mañana?

No podia explicárselo.

Por eso, guardando el cheque en la cartera, se arregló, pensando que, antes de hacer cualquier gestión, debía ir a visitar a su antiguo jefe, que le explicaría lo ocurrido.

Un taxi le dejó en el coquetón chalet que Cliff poseía en las afueras.

Harry se preguntó, melancólicamente, cuándo podría él tener una casita como aquella y un sanatorio como el que Duggan había poseído. De ahísu extrañeza de que su ex jefe lo hubiese lanzado todo por la borda.

El jardín estaba muy bien cuidado y denotaba un gusto femenino, por lo que Harry llegó a la conclusión de que debía de ser la señora Duggan quien, en sus ratos de ocio, se ocupaba de él.

Tuvo que esperar unos instantes antes de que le abriesen.

Una mujer gruesa, de cabellos canosos, le miró inquisitivamente.

—¿Qué desea?

—Ver al doctor Duggan.

—Mister Duggan no está.

Good iba a volver sobre sus pasos, excusándose, cuando una voz

sonó desde dentro.

—¿Quién es, Mary?

—Un señor que desea ver a su esposo...

—Soy el doctor Good —le ayudó Harry.

—Dice que es el doctor Good.

—¡Hazle pasar!

La puerta se cerró tras sí y apenas había entrado en el «hall», elegantemente amueblado, cuando la señora Duggan salió por una puerta del fondo.

Harry la había visto un par de veces y sabía que era una mujer bonita y muy cuidada. Por eso, al verla con aquella expresión de tristeza y con círculos rojizos alrededor de los ojos, intuyó un drama amoroso, del que nunca hubiese creído capaz al doctor Duggan.

Ella iba mal peinada y llevaba un «negligé» que debía haberse echado precipitadamente sobre los hombros.

—¡Doctor Good!

Casi en seguida, se echó a llorar.

Harry hizo lo imposible por calmarla, encontrándose ridículo y poco eficaz para ello.

—Por favor, señora Duggan... cálmese.

Se sentaron, junto a la chimenea y ella fue dominándose poco a poco.

—¿Ha visto usted a Cliff?

—No. ¿Usted tampoco?

Sin responder, ella sacó una carta, arrugada y mojada por las lágrimas, que le tendió.

—Léala, doctor Good. Ya nada tiene importancia.

> «Querida: Ya sé que estas líneas van a ser tremendamente dolorosa para ti, pero no tengo más remedio que escribirlas, ya que no deseo que sigamos en una situación equívoca para ambos. No soy, me conoces demasiado, un hipócrita. Y por eso no quiero hacer esta carta demasiado larga… Me he enamorado de otra mujer y parto con ella hacia un sitio lo más lejos posible de Londres. Te dejo todo, mi cuenta bancaria y el dinero que hay en casa. También nuestro hogar te pertenece. Dios ha querido no darnos ningún hijo, que ahora vendría a complicar las cosas. Te deseo, Gladys amada, que seas muy feliz.
>
> Cliff.»

Harry devolvió la carta a la atribulada mujer.

—¡Parece imposible!

—Y lo es — repuso ella—. Yo no puedo creer, a pesar de esta carta, que Cliff haya hecho algo… tan espantoso.

Y después de una corta pausa:

—Voy a tener un hijo, doctor Good.

Él la miró con asombro.

¿Cómo? ¿Lo sabia él?

—Sí.

—¿Entonces? Esa carta…

—Eso es lo que me extraña y me horroriza, amigo mío. Cliff sabía que iba a ser madre, lo que me hace pensar que esa carta no es suya.

—Pero la escritura...

—Sí, es la suya. De eso no hay duda.

—No entiendo.

—Yo tampoco lo he entendido, doctor. Y puede usted imaginarse las horas espantosas que he pasado. Creí volverme loca... Llamé al Sanatorio, dispuesta a presentarme allí, pero me dijeron que Cliff lo había vendido a un tal doctor...

—Combler. Yo también he recibido una carta en la que se me comunica que ceso en mis servicios desde el momento.

—Eso me dijeron a mí también; pero, de todos modos, no puedo creerlo.

—Es muy grave lo que usted piensa, señora. ¿No se da cuenta?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si, como usted piensa, su esposo ha sido forzado a escribir esa carta, el asunto ha de pasar a manos de la policía.

—No lo creo. Cliff no me perdonaría nunca un escándalo de esa clase; pero, de todas las maneras, estoy completamente convencida de que esa carta no es obra de mi marido; es decir... sólo de él.

Ydespués de un corto silencio:

—Por eso me alegré al oíra Mary que estaba usted aquí. Creí que había visto a Cliff.

—No. Yo salí anoche... Tenía que despedir a mi prometida.

—¿Cómo estaba la última vez que le vio?

—Como siempre. Se caía de sueño... Trabaja mucho.

Ella clavó sus ojos en los del joven.

—¿No había nadie con él, doctor Good?

—Nadie, señora Duggan; puede creerme.

—Le creo.

Él empezaba a encontrarse incómodo, experimentando una sincera lástima por aquella mujer, que se aferraba, locamente, a lo que, no podía ser más que una mera ilusión.

—Tengo que ir al Sanatorio —dijo, mirándola sonriente—. Dejé allí algunas cosas en mi habitación y no quiero que mi sustituto se aproveche de ellas. Al mismo tiempo, veré el ambiente que se respira por allí.

—¿Vendrá usted a verme?

—Sí. ¿Piensa hacer algo concreto, señora?

—He de esperar, porque estoy segura de que Cliff no tardará en comunicarse conmigo. Y usted, ¿qué piensa hacer?

—Ir a trabajar al London Hospital, casi seguro a la sección de Cirugía.

Los labios de ella temblaron, así como sus manos. Indudablemente, le costaba encontrar las palabras que se disponía a decir.

—Escuche, doctor Good, yo no quisiera ofenderle... pero si necesita algún dinero...

Él se sonrojó.

—Muchas gracias, señora Duggan; pero el nuevo director me ha enviado lo que considera como mi «paga de despedida». Le quedo, de todos modos, muy agradecido.

Momentos después estaba en la calle, recordando, entonces que había dejado su cocha ante la pensión y que, colérico por la carta que, había recibido, tomó un taxi para ir a visitar a la señora Duggan.

Sonrió.

Tenía que calmarse y lo haría, por encima de todo, ya que no iba a conseguir nada atolondrándose.

Se permitió un nuevo gasto, tomando otro taxi, que le dejó junto a su coche. Una vez en el «cacharro», se dirigió directamente al sanatorio.

Aparcó, como de costumbre, en la acera de enfrente, lanzando una mirada al sombrío edificio donde había pasado tanto tiempo. Pensó, sin poderlo evitar, en todos los enfermos que había tratado y que, después de todo, bien o mal, se habían ido acostumbrando a él. Ahora, con los nuevos médicos, notarían, por el momento, la diferencia.

Encogiéndose de hombros —¿qué podía hacer él si las cosas habían tomado aquellos imprevistos derroteros?—, atravesó la calle, acercándose a la verja donde pulsó el timbre.

Al ver el hombre que apareció, al otro lado, mirándole intensamente, dio un respingo:

~¡Ed!

El otro sonrió.

—Buenos días, doctor Good.

¿Cómo podía ser posible?

Porque Ed Sullivan era un enfermo bastante agitado y Harry no podia explicarse que estuviese allí, de portero, con las llaves; en la mano.

El otro pareció leer sus ideas.

—¿Se extraña de verme aquí, eh, doctor?

—La verdad...

—Hemos tenido muchísima suerte con la llegada del doctor Combler. Ya lo ve usted... Una sola sesión y me he convertido en una persona normal.

La cabeza le daba vueltas.

Mirando detenidamente a Ed, se dio cuenta de que su aspecto era completamente normal y que nada había en él que denotase la

dolencia esquizofrénica que padecía solamente, horas antes.

¿Qué maravillosos procedimientos poseía aquel doctor Combler?

Dominándose, merced a un poderoso esfuerzo, dijo:

—Deseaba recoger unas cosas de mi cuarto, Ed.

—Perfectamente, doctor. Voy a avisar para que se las traigan.

—¿Eh? ¿Es que no me vas a dejar pasar?

Sullivan sonrió.

—Lamento no poder hacerlo, doctor. Pero las órdenes son mucho más severas que antes.

Y volviéndose:

—¡ Cecily! — llamó.

Una mujer, de cierta edad, vestida de enfermera, salió del edificio.

¡Cecily Roders!

Las manos de Harry se cerraron tan fuerte sobre los barrotes de la verja, que sus nudillos se pusieron blancos.

¡Cecily!

Una paranoica que, cinco días antes, había sido declarada incurable, presa de una demenciación total, encogida en su lecho, en un completo gatismo, sobre las sábanas sucias de sus propias deyecciones...

Ella le sonrió.

—Contenta de verle, doctor Good.

—Hola... Cecily...—balbució el médico.

—El doctor Good —intervino Sullivan— desea que le entregues ciertas cosas de su pertenencia que dejó en su cuarto. ¿Quieres

traérselas?

—En seguida.

La mujer se alejó, sin que Harry pudiese descubrir en ella ningún detalle que recordase su horrible y desesperada dolencia.

Se había puesto pálido.

Después, dominándose, preguntó:

—¿Qué os ha hecho ese doctor, Sullivan? ¿Qué procedimientos ha empleado?

—Lo ignoro, doctor; pero ya ve usted que todos estamos muy contentos con él.

—Sí, ya lo veo...

Momentos después, Cecily volvía con todos los objetos que pertenecían a Harry. Sólo entonces abrió la puerta Sullivan y la ex enferma entregó lo que traía, cerrando la verja después.

—Gracias.

No podía decir más y se alejó, con los hombros caídos, presa de una extrañeza que le angustiaba tremendamente.

CAPITULO V



RED, el colosal epiléptico, entró en la celda donde los tres hombres trabajaban.

La máquina se estaba terminando.

Ocupaba gran parte de la celda y tenía la curiosa forma de una araña; en efecto: una parte central, esférica, reposaba sobre un soporte rectangular; de allí, hacia todas las direcciones, emergían una serie de brazos que terminaban en unas pinzas metálicas, cuidadosamente cerradas alrededor de unas esferitas de cristal.

Fred se quedó mirando aquel extraño aparato, pero ninguno de los tres hombres que estaban allíconstruyéndolo, le dijo nada. Fueron las paredes las que hablaron, con su voz cargada de extraños ecos.

«¿Te gusta, Fred?»

—Sí, pero no entiendo nada.

«No importa. Lo que te interesa saber es que, gracias a esa máquina, vamos a poder materializarnos...»

Los otros no debían oír nada, porque proseguían silenciosamente su trabajo.

—¿Lo desean?

«Sí. Es algo que no hemos dicho a nadie... ni siquiera a Staff ni Page... Tú no eres igual que ellos, Fred.»

—¿Por qué soy diferente?

«Porque fueron los de tu especie los primeros en recibir nuestros mensajes. Antes, hace ya muchos siglos, los hombres os llamaban con nombres magníficos y hasta vuestra «enfermedad» fue denominada «mal sagrado». Los hombres os respetaban y os adoraban... Fue en aquellos remotos tiempos cuando nosotros, los «seres», creíamos llegado el momento de apoderarnos de la Tierra, gracias a vosotros. Pero el desarrollo mental de los humanos cortó de raíz nuestras ilusiones, ya que encontraron medios para incluiros en el campo de la medicina.»

—¿No somos enfermos?

«No. La irritación cerebral que provoca vuestros ataques, somos nosotros los que la producimos. Lo que ocurre es que sois los más sensibles de todo a nuestra influencia. Por eso tenemos hacia vosotros una especial amistad.»

Fred sonrió, dichoso, al oír aquello.

—¿Y los esquizos? —inquirió, con una punta de envidia.

«Esos son nuestros «intérpretes», nuestros «pensadores». Así como vosotros, los epilépticos, poseéis una sensibilidad especial a nuestras llamadas, los esquizos son los únicos capaces de comprendernos, de entender un poco las características de nuestro mundo. Ellos han sido, a través de la Historia, nuestros mejores mensajeros. Ellos oyeron nuestras voces y llegaron a mirar el mundo a través de nuestros propios ojos...»

»E1 hombre, ante fenómenos tan extraños, reaccionó al principio,

asociándoos a la profundidad de sus temores irracionales. Por eso fuisteis primero seres sagrados; después, posesos, y últimamente, desde la llegada del racionalismo, enfermos...»

»Pero nadie ha sabido encontrar la verdad, porque eran incapaces de lograrla. Para los hombres de todas las épocas erais y seguís siendo seres extraños... por eso os llaman locos. Porque la locura va en contra de todo lo que los humanos, encerrados en las limitaciones de su modo de estar, consideran como cierto... ¡Estúpidos vanidosos!

»Nosotros estamos muy por encima de su mundo miserable y hemos llegado a la categoría de «seres», sin estar sujetos a las limitaciones estrechas de un modo de estar cualquiera. Pero, de todos modos, la soledad de nuestro tiempo infinito empieza a pesarnos. Por eso deseamos, aunque no sea más que temporalmente, materializarnos de nuevo.»

—¿Haceros... mortales?

«¿Y quién te ha dicho que no lo seamos, Fred?

Lo somos, aunque de forma distinta que la vuestra.

Para vosotros la eternidad es un concepto falso, basado en la progresión numérica que lleva al infinito; pero ¿existe en verdad ese infinito que habéis creído descubrir?

»No. Es vuestra incapacidad de concebir cantidades grandísimas la que os ha llevado a «descubrir»; es decir, a inventar esa especie de ocho tumbado con el que representáis el infinito.

»Pero el infinito no existe. Todo tiene un límite y de eso puede darse cuenta un cerebro superior, una mente como la nuestra. De ahí nuestra esencia mortal, Fred.»

—¿Qué sois, entonces?

«Nada más que «seres»; entidades mentales que han llegado al más alto grado de evolución. Criaturas que desean ser los dueños absolutos del Universo. De ahí nuestra lucha contra todo lo que puede significar una amenaza para la hegemonía que queremos.»

—Pero ¿para qué materializarse?

«Porque estamos seguros de que tal cosa prolongará nuestra existencia… ¿No te das cuenta de que podemos empezar «otra vez»? Con nuestros conocimientos haremos lenta y tranquila la evolución, y la humanidad que de nosotros salga estará libre de todos los tropiezos que, como vosotros, tuvimos nosotros al principio… Volver a empezar significa burlar el límite actual de nuestra existencia y lograr en lo posible una prolongación aún más larga… ¡No queremos morir, Fred!»

Y como el hombre no dijese nada:

«Nuestra muerte no puede significar más que un aniquilamiento horrible. Violamos las leyes universales… y presentimos perfectamente nuestro castigo. Por eso Intentamos volver a hacer trampa, amigo mío. Sea como sea, cueste lo que cueste, queremos seguir «siendo».

»Tú no puedes darte cuenta de lo eme significa esta soledad nuestra. Para vosotros los hombres, un siglo es algo larguísimo, donde pocas veces hay sitio para la única vida material que se os da; para nosotros un siglo era, antes, un segundo…?

—¿Y ahora?

«Ahora es diferente… Hemos vagado durante millones de siglos de un lado para otro, destruyendo esbozos de inteligencia, dejando vacío el espacio pensando que sólo nosotros debíamos «ser». Aquello nos causaba una satisfacción muy grande; pero después, cuando galaxia tras galaxia quedó deshabitada, cuando sólo toleramos modos de vida inferior, vimos que el tiempo, que hasta entonces no habla significado nada para nosotros, nos mostró su feo rostro, haciéndonos ver la desértica aridez a que estábamos irremisiblemente condenados, si no poníamos pronto remedio.

»Por eso, al llegar a este Sistema, cuando hubimos vaciado los vecinos de toda criatura inteligente, nos dimos cuenta de que debíamos obrar de un modo distinto, haciendo lo posible por lograr vuestra ayuda, de manera a poder materializarnos. Queremos, pues, conquistar la Tierra, hacerla nuestra y sentar en ella nuestra raza.

»Hemos esperado dos millones de años, de vuestros años, hasta llegar a la conclusión de que no conseguiríamos nada con las guerras. Las provocaciones desde el principio, utilizando epilépticos, esquizos y maníaco-depresivoscomo agentes nuestros en la Tierra.

»Casi la totalidad de las grandes figuras de la Historia, de aquellos

hombres que arrasaron comarcas, pisotearon Continentes y sembraron la muerte y la destrucción por doquier, fueron enviados nuestros, criaturas en cuyos espíritus habíamos sombrado la discordia.

»Y a dije a Staff que Hitler fue nuestra última experiencia y que contábamos también con Stalin, pero lo abandonamos al comprender que la guerra no era la solución que buscábamos. AI mismo tiempo, los más sabios de entre nosotros se plantearon una nueva solución: ¡Materializarnos! Una vez lo hayamos logrado todo será fácil…»

—¿Y nosotros?

«Vuestro destino ya está trazado… pero es aún temprano para que lo conozcáis.»

* * *

—¿No es hoy cuando viene tu novia?

Harry no contestó en seguida.

Siguió examinando las hojas que tenía, sobre, la mesa; después recordó la pregunta que su compañero acababa de hacerle.

—¿Por qué lo preguntas?—Inquirió—, Ya sabes que sí.

—Porque podíamos salir los cuatro esta noche. Ni tú ni yo estamos de guardia. ¿Qué te parece, «Ladys»?

Pero Good no le escuchaba y frunció el entrecejo, siguiendo el examen de las notas.

—¿Qué demonios pasa? —inquirió Pearson.

Y se acercó a su. compañero, echando una ojeada sobre su hombro a las hojas que el otro consultaba.

—Es extraño —musitó Harry.

—¿Extraño? ¿Qué?

—Estos cuadros sanguíneos.

—¿Qué tienen de raro?

—Todo. Fíjate... después de un tratamiento con antianémicos, sobre todo con B12, no ha habido progreso alguno; sino al contrario, regresión, ya que la cifra de hematíes ha bajado...

—¿Han ensayado el ácido fólico?

—Si. Se ha hecho todo lo posible.

—¿No será un caso de leucemia?

—¡Qué va! Eso fue lo que pensamos al principio; pero el profesor Heart hizo unas biopsias medulares en tres de ellos y lo encontró todo normal.

—Pues ahora es cuando lo entiendo menos.

—Eso me pasa a mí también. Ochenta y tres casos de una nueva forma de anemia, que va acabando con estas pobres gentes. Y sin que podamos hacer nada para evitarlo.

—Bueno, después de todo no es asunto nuestro. Heart sabe lo que se hace y es el mejor clínico de Inglaterra. Ya encontrará la explicación: no lo dudes. ¡Si fuéramos a amargarnos la vida!

Harry le miró.

—¿Qué quieres decir?

—Que vosotros, los internistas, después de todo, tenéis suerte. En los servicios de Cirugía, donde tú querías ir, ocurren cosas peores.

—¿Es posible?

—¡Claro que sí! ¿Puedes imaginarte una mortandad de un ochenta y tres por ciento en los quirófanos?

—¿Eh?

—Como lo oyes. Y en todos los casos, como ha demostrado la autopsia, el responsable ha sido la septicemia. ¡Como si hubiésemos operado sin asepsia!

—¿No se pusieron antibióticos a los enfermos?

.—A cubos, pero sin efecto. ¿Sabes que estuvo un psiquíatra en la sala?

—¿Sí?

—Se, me olvidó decírtelo, eso que a ti pueden interesarte todas esas cosas, ya que has sido médico de mentales...

—¿Y qué dijo?

Richard se encogió de hombros.

—¡Locuras! Y perdona, Harry. Pero cuando le dijo al «viejo» que aquellos enfermos estaban perdidos y que los antibióticos no les hacían nada porque eran ellos los que se querían morir, ¡creí que Legaz lo echaba a patadas del servicio!

.—¿Dijo eso?

—Como lo oyes. Yo estaba junto al psiquíatra cuando lo dijo.

—¿Recuerdas sus palabras?

—Como si las estuviese oyendo. Dijo que nuestros enfermos estaban bajo un irremediable «instinto» tanático».

—Ya comprendo — dijo Good —. El instinto tanático es un deseo irremediable hacia el final.

—¿Un deseo de muerte?

—Sí.

—¿Cómo es posible?

-—¡No se sabe, poro hay quien dice que es como el imperativo de lo inorgánico que pasa sobre una criatura viva. Encontrándose, en una

disyuntiva fatal, parece como si el cuerpo se percatase de la inutilidad de toda resistencia. Y entonces, bruscamente, se impone la orden de morir, que va invadiendo el cuerpo, sin contar para nada cuantas cosas se hagan para evitar el fatal desenlace.

—¡Es fantástico!

—Mucho más de lo que te imaginas; pero, al mismo tiempo, es terriblemente cierto. Cuando el cuerpo dice «¡quiero morir!» ningún fármaco, por enérgico que sea, puede evitarlo.

—¡Pero eso no fue lo que nos enseñaron en Medicina! Siempre nos dijeron que el cuerpo reacciona fisicoquímicamente, por encima de la voluntad. Una inyección de cardiazol animará, lo quiera o no el enfermo, la marcha de su corazón.

—No lo creas. Si el instinto tanático se ha impuesto no animarás un corazón con todos los cardiazoles del mundo.

—¡No me extraña que todos los psiquíatras acabéis locos de remate!

Good sonrió.

—Es una especialidad peligrosa, pero emocionante al mismo tiempo. En ninguna otra se intenta conocer al hombre como en ella.

Hubo un silencio.

—Bueno —dijo Richard—. Creo que debíamos dejar todo eso y concretar lo de nuestra salida esta tarde.

—Te envidio. Puedes abstraerte de estos problemas como si tal cosa...

—¿Qué quieres que haga? No soy más que un ayudante de quirófano, no un profesor responsable. El «viejo» hará lo que piense mejor.

Poro ¿es que no te das cuenta de lo catastrófico de todo esto? Ningún enfermo querrá venir a operarse aquí, en cuanto se enteren de la cantidad de pacientes que mueren en los quirófanos.

Pearson sonrió.

—No temas. Hemos recibido comunicaciones de clínicas particulares: ocurre lo mismo. La Sociedad de Microbiología y Bacteriología de Londres está estudiando la posibilidad de que hayan aparecido nuevos gérmenes hasta ahora desconocidos.

—De acuerdo. Yo tengo que hacer una visita antes de ir al aeródromo a recoger a Laura. ¿Dónde y cuándo podríamos vernos?

—Cuando y donde quieras.

—Bien. Estaremos en e! «Star», cerca de Fleet Street, a las siete.

—«Okey», amigo.

* * *

—Pase, Harry…

El joven se dejó caer en el sillón. A su lado las llamas danzaban alegremente en la amplia chimenea.

—¿Ha vuelto a saber algo, señora Duggan?

—No.

Tras un silencio, cargado de tristeza:

—¿Y usted, doctor?

—Nada. En realidad, señora, no he tenido mucho tiempo. Ya comprenderá usted que he debido moverme para lograr un puesto en el London Hospital.

—Comprendo.

Observó que la mujer había adelgazado y que su rastro estaba

Intensamente pálido y macilento.

—¿Por qué no acude a la policía?

Ella sonrió tristemente.

—No puedo, Harry —le llamaba así, confiadamente, desde hacía irnos días, como para testimoniarle su aprecio—. El escándalo serla lo último que yo desearía. Prefiero que Cliff...

Se percató Harry de que ella empezaba a hacerse a la idea de que su esposo verdaderamente la había dejado por otra mujer. Y aquello le causó un dolor vivo, imaginándose a Laura en aquel trance.

Muchas veces había pensado en ir a Scotland Yard y denunciar el caso; pero ¿qué podría haberles dicho? ¿Que le extrañaban unas curaciones imposibles en la medicina actual? ¿Que no podía creer en la rápida recuperación de dementes como Sullivan y Cecily?

¿Y si el nuevo director lo habla conseguido?

Además, la policía no entendería nada y se limitaría a darle unas promesas que jamás cumpliría.

—No había más que una forma...

Cerró los puños, como cada vez qua había pensado en aquella violenta solución, que no dejaba de incitarle, pero que, al mismo tiempo, le daba pánico.

Entrar en el sanatorio y enterarse de lo que pasaba allí.

Naturalmente que el director podia hacerle perseguir por allanamiento; pero, con cuidado, conociendo como él conocía el edificio, podría moverse en su interior sin ser sorprendido.

Era una aventura que le tentaba, pero siempre encontraba excusas para no llevarla a cabo.

Se puso en píe.

—Le prometo, señora, que pronto tendré noticias para usted. Voy a hacer unas cuantas investigaciones, aunque tenga que echar mano de

alguien.

—¿Un policía?

—No, en cierto modo.

—¿Qué quiere usted decir, Harry?

Él sonrió.

—No tema nada, señora Duggan. Palabra de honor que no recurriré a la policía. Déjeme hacer.

Ella le cogió la mano entre las suyas.

—Tengo mucho miedo, amigo mío. Cada vez estoy más segura de que Cliff es incapaz de hacer lo que decía aquella carta.

Y Harry estaba también plenamente convencido de ello.

CAPÍTULO VI



LYPAGE dejó el taxi, después de pagarlo, penetrando por la puerta que Sullivan le había abierto .

Cecilysalió a su encuentro.

—Fred está impaciente.

—No pude llegar antes...

Y corrió por los pasillos hasta detenerse ante el despacho del director, que ahora ocupaba Staff.

Fred estaba también allí y la miró inquisitivamente.

—¿Traes la sangre?

—Sí — dijo ella, levantando el maletín que llevaba en la mano.

—¡Pues has tardado mucho!

—Ya lo sé. Pero no vayas a creer que me he distraído... Lo que ocurre es que esas enfermeras se vuelven cada vez más preguntonas... y exigen más dinero.

Gordon frunció el entrecejo.

—Ése es nuestro mayor problema.

—Tendremos que hacer algo para remediarlo — dijo Page,.

Fred enarcó las cejas.

—«Ellos» encontrarán la solución.

—Mejor será que se den prisa —repuso Staff—. Queda muy poco dinero en la caja.

Fred alargó la mano, cogiendo el maletín que Ely llevaba, saliendo después del despacho. Corrió por el pasillo, bajando las escaleras de cuatro en cuatro hasta detenerse, ante la puerta de la celda donde estaba la máquina.

La primera, porque los tres ingenieros estaban haciendo dos más.

Las extremidades de los tentáculos metálicos de la araña llevaban las esferitas de metal donde Fred había ido colocando la sangre que Page fue trayendo. Todas ellas seguían- repletas, pero faltaban unas cuantas y Fred las rellenó cuidadosamente, utilizando unas pipetas que había sobre una mesita auxiliar.

Contempló después de más cerca las esferas, viendo que el líquido rojo latía en su interior. No sabía a qué se debía ello, pero no ignoraba que en el cuerpo de la «araña», en la esfera central, de la que emergían los brazos metálicos, estaba uno de «ellos», un «ser» que sería pronto como él...

Sintió entonces unos raros efluvios que. le envolvían, dándose cuenta de que «ellos» iban nuevamente a comunicarse con él. Y esperó, seguro de que las palabras no iban a tardar en brotar de las paredes.

Y así ocurrió.

«Has de decir a Page que traiga más sangre. Las otras dos máquinas estarán preparadas muy pronto y dos más de los nuestros se alojarán en ellas. Corre prisa traer más sangre.»

Fred no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Para qué es necesario? —inquirió.

«Para la nutrición de la molécula...»

—¿Eh?

Hubo un silencio, como si «él» buscase las palabras sencillas que aquel ignorante humano pudiese comprender finalmente:

«Cuando la esfera está terminada y alguno de los termales lleva la sangre, uno de los nuestros se convierte, por un simple fenómeno de síntesis, en una molécula gigantesca de albúmina. A partir de esa concreción y nutrida por la sangre que va llegando por los filamentos desde los terminales, la molécula va creciendo y partiéndose, dando origen a un ser monocelular... Ésa es la fase actual del que está en esa máquina.»

—¿Y después?

«El ser unicelular empezará a evolucionar hasta llegar a adquirir una forma semejante a la vuestra...»

—¿No seréis humanos?

«¿Para qué? No lo fuimos nunca ni deseamos serlo ahora. Vosotros nos llamaríais «humanoides»;pero era no puedeimportarnos. Lo interesante es poder detener nuestro final. Y para eso, como te he dicho antes, es necesario que la sangre no falte en las campánulas de los terminales.

»Has de saber que esta máquina está haciendo llegar a esas campánulas la sangre de los individuos de los que fue sacada la muestra que trajo Page.»

—¿Es posible?

«Sí. Porque, de otra manera, ¿crees que con unos cuantos centímetros cúbicos tendríamos bastante para desarrollarnos? La muestra no sirve, más que como «masa de atracción». A través del aire, la sangre de los donantes, en pequeñas cantidades, llega hasta la máquina, atravesando la distancia que les separa de ésta en forma de

energía elemental. Al llegar a la campánula vuelve a tomar su aspecto «sui generis».

—¿Eso quiere decir, si lo entiendo bien, que los donantes van perdiendo sangre?

«Así es. Pierden hasta la última gota, cuando mueren, ya que sus centros hematopoyéticos no pueden dar abasto a la demanda constante que las campánulas hacen. La conversión de molécula gigante en ser vivo necesita mucha hemoglobina, junto a las sustancias alimenticias que ésta lleva...

»Esa parte del plan hace que sea grande el número de humanos que desaparecen, pero no es lo más importante de nuestro plan. Gran número de los nuestros, que han recibido instrucciones de los más sabios de entre nosotros, están inculcando el «instinto tanático» en miles de enfermes, haciendo inútiles todos los esfuerzos de los médicos.

»Nos interesa eliminar, en el menor tiempo posible, la mayor cantidad de humanos. Solo la desaparición deun gran número ele ellos hará posible nuestros planes.

»Además, por otra parte, y sirviéndonos de las relaciones de enfermos mentales que Staff nos proporcionó en sus visitas a los psicoanalistas, hemos seleccionado un gran número de personajes importantes, que están ya siguiendo las instrucciones que les vamos dictando, desorganizando las defensas que podrían oponerse a nuestra invasión a la Tierra. Corno puedes darte cuenta, el plan de asalto es completo... ¡La Humanidad no podrá escapar esta vez!»

* * *

Harry dejó a Laura en su casa.

La reunión con Richard y su novia habla sido muy agradable, paro los dos jóvenes no tuvieron apenas oportunidad de decirse todo lo que hubieran deseado comunicarse; de todos modos, Good relató someramente a Laura lo ocurrido en el sanatorio, percatándose de que

ella se alegraba mucho de que hubiese dejado definitivamente la Psiquiatría.

Pero Harry no le comunicó sus planes ni mucho menos los temores y sospechas que iban abriéndose paso en él. En efecto, después de su visita al sanatorio, Good estaba casi completamente seguro de que algo anormal ocurría allí.

De todos modos, a pesar de estar decidido a aclarar aquel misterio, no deseaba hacerlo a tontas y a locas, ya que se daba cuenta de las consecuencias desagradables que le acarrearía el que le descubriesen en e! interior del edificio, en el quedebería introducirse corno un ladrón.

Por eso, después de despedirsede su prometida, puso rumbo a la casa de un buen amigo. Habían estudiado juntos en el Liceo, y después había pertenecido a la policía durante cerca de seis años, empleo que abandonó al heredar para dedicarse a los negocios.

Donald Scat, así se llamaba su amigo, habitaba en una zona residencial de la ciudad, ocupando un apartamento en un edificio de corte ultramoderno. Las cosas debían de irle muy bien y poseía ya unos cuantos almacenes distribuidos por la ciudad que le proporcionaban pingües ganancias.

Cuando el criado abrió la puerta de la casa, Harry se dio cuenta del lujo que reinaba allí y sonrió, pensando en que muchas veces había ayudado económicamente a Donald en sus dolorosos tiempos de estudiantes. Scat era hijo de unos pobres mineros, y aunque Harry no era precisamente una persona rica, fue siempre mucho más ordenado que su camarada, pudiendo auxiliarle en cuestiones monetarias en numerosas ocasiones.

—Espere un momento, por favor.

Desapareció el uniformado criado y poco después entraba Donald, tan jovial como siempre, abrazando fuertemente a su amigo. Inmediatamente sirvió unas bebidas e hizo que el recién llegado se sentase en un cómodo sillón, no lejos de la monumental chimenea que ornaba el «living».

—¡Cuánto tiempo sin verte, matasanos! ¿Qué es de tu vida?

—Todo sigue su curso, Donald. Ya sabes que lavida de un médico

no ofrece sorpresas como la de un hombre, de negocios.

—Debías haberte venido conmigo y abandonado todas esas miserias. Ya sabes, sin embargo, que siempre estás a tiempo y que hay un sitio para ti a mi lado.

—Muchas gracias, pero...

—Sí, ya sé: la dichosa vocación. ¿No es eso?

—Sí.

—Yo también he sentido esa vocación, Harry —su rostro se ensombreció—. Ya recordarás con qué ímpetu me lancé a la policía y tengo que confesar que los mejores años de mi vida los pasé allí; pero un hombre va cambiando y uno se agarra con fuerza a un bienestar que, la verdad, nunca creí posible.

Harry lanzó una mirada a su alrededor.

—Veo que lo has conseguido.

El otro se encogió de hombros.

—Sí, aparentemente.

—¿No eres feliz?

—Lo soy; pero no quiero ocultarte que todo esto llega a fatigar, sobre todo cuando te das cuenta que, una vez conseguida cierta categoría, el esfuerzo por mantenerla es cada vez más pequeño. En los negocios, Harry, lo difícil es empezar; después todo va sobre ruedas —suspiró—. Ahora mismo, podría estar fuera de Londres todo el año, sin preocuparme más que de pedir dinero a mis administradores. Por eso te digo que la felicidad que proporciona el dinero es siempre relativa.

—Te comprendo.

—Ya lo sé. Y puedo imaginarme que desde tupuesto en la vida, luchando desesperadamente porabrirte paso, creas que yo, por ejemplo, soy digno de envidia. Te equivocarías al pensar así, amigo mío.

—Tiene que haber de todo…

—Sí, pero yo no había nacido para hombre de negocios.

Harry sonrió.

—Ése es, precisamente, el motivo de mi visita.

Y relató, detenidamente, con todo detalle, lo que había pasado desde la noche que, para acompañar a Laura, abandonó el Sanatorio.

Donald le escuchaba atentamente, bebiéndose materialmente sus palabras.

Cuando Good terminó, el otro encendió un cigarrillo, entornando los ojos y tardando bastante tiempo en despegar los labios.

—Todo esto es verdaderamente apasionante; pero he de hacerte una pregunta fundamental.

—Las que quieras.

—Una sola: ¿estás seguro de que esos enfermos que encontraste en libertad no podían haberse curado en el transcurso de aquellas horas?

—Imposible.

—¿No crees que el doctor Combler haya descubierto un nuevo procedimiento de curación ultra-rápida?

—No puede ser.

Scat lanzó un suspiro.

—Bien. Ésa es la única duda que se me presentaba, ya que si los enfermos de esa clase se curasen, no podríamos encontrar extraño todo lo que ha pasado.

—¿Verdad que no es natural?

—No. ¿Sabes algo del personal que prestaba servicio antes de la venta del sanatorio?

Harry se dio una palmada en la frente:

—¡Qué estúpido he sido! Tengo la dirección de todos ellos en mi bloc de notas, ya que los llamábamos cuando nos eran necesarios sus servicios.

Sacó el cuaderno y empezó a dictar direcciones.

—¿Quién es esa doctora Russel?.—inquirió Donald.

—Mi compañera, la jefe del Servicio de Mujeres.

—¿Y esa señorita Page que acabas de leer?

—La enfermera jefe.

—Bien. Podemos empezar inmediatamente. Voy a ordenar que nos preparen el coche y veremos qué nos dice toda esa gente.

Good no se atrevió a decir que tenía su coche abajo. Y se dio cuenta de que había hecho bien, al sentarse en el confortable Delaye de su amigo.

Tres horas después se sentaban a comer en un restaurante de Leicester Square.

—¿Te has dado cuenta, Donald?

—Sí. Todas las familias de los empleados han recibido cartas comunicándoles que se iban a trabajar al Continente. Todos ellos han recibido, excepto dos, sumas de dinero que podían considerar comb anticipos de ese hipotético trabajo. Las excepciones son: la doctora Russel, cuya madre posee una importante fortuna y la señorita Page que, personalmente, se despidió de su pensión, llevándose todo lo que le pertenecía y pagando hasta el último penique.

—¿Qué significa todo esto, Scat?

—Todavía no lo sabemos; pero, indudablementealgo raro. Fíjate bien que, prácticamente, todo el personal ha desaparecido... excepto tú que, por fortuna, según estoy viendo, saliste aquella noche del sanatorio. Por otra parte, Se te echó, impidiendo que penetrases a recoger tus cosas.

—¿Crees que les habrá pasado algo?

—¿A quién?

—A todos: al director, a la doctora, a la enfermera y al personal.

—No lo sé. Pero me extrañaría que se hubiesen cometido once asesinatos por apoderarse de un viejo caserón que, además, era un sanatorio de enfermos mentales. ¿No es más plausible que los locos se escapasen, adueñándose del edificio y encerrando a los que hasta entonces eran los guardianes?

—No, no es posible. Un enfermo mental puede hacer, en ocasiones, algo semejante, contando con que pudiese salir de las celdas, perfectamente cerradas. Pero no todos. Tú no conoces a los esquizos, Donald. No tienen orden en sus ideas y cometerían una serie de errores que demostrarían la superchería al cabo de unas horas.

Suspiró.

—No. Sullivan y Cecily, los únicos que yo vi y con los que hablé, «estaban perfectamente bien y habían recobrado su normalidad». ¡Eso es lo que más me llama la atención, amigo mío!

Donald hizo un gesto de asentimiento.

—También es para mí ese punto el más escabroso del asunto, Harry. Porque si resulta que el nuevo director ha logrado un procedimiento para curar, todo lo demás puede ser posible.

—¿Tú crees?

—SI. La desaparición del doctor Duggan puede responder a una de esas desdichadas venas amorosas que aparecen en hombres rectos en momentos imprevistos. Hasta podría ser que hubiese huido con la doctora Russel. ¿Era hermosa?

—Muy agradable y bonita.

—¿Te das cuenta? Los demás pudieron ser favorecidos por el nuevo director que les proporcionó un empleo en el Continente. Es aún demasiado temprano para que sus familias hayan recibido noticias de ellos.

»Como ves, Harry, toda nuestra hipótesis reside en que esos enfermos no hayan sido curados por el misterioso doctor Combler—su mirada se iluminó—. ¡Creo haber encontrado la manera de ver claro!

—¿Cuál?

—Tu plan de entrar por la noche en el sanatorio, no lo abandonamos, ni mucho menos; pero opino que primero hay que intentar entrar de día.

—¿Cómo lo lograrás?

—Haciéndome pasar por enfermo. Puedo presentarme allí, diciendo que deseo internarme una temporada. Estoy seguro de poder simular cualquier neurosis o hacer valer la existencia de un complejo cualquiera. ¿Qué te parece?

—Muy arriesgado.

—También lo es tu plan. De todas formas, si fallase el mío, pondremos el tuyo en práctica. ¡Vamos, no perdamos tiempo!

Pagó y una vez en el coche.

—Déjame en las proximidades del frenocomio, Harry. Puedes esperarme en el auto. Si ves que tardo demasiado, es que habré logrado mis propósitos.

—Bien.

Unavez en el sitio en une detuvo el vehículo, Good vio marchar a su amigo con verdadera aprensión; después, encendiendo un cigarrillo, puso en marcha la radio.

Las noticias habían invadido el medio público.

Una alarma general empezaba a cundir en los medios médicos, que intentaban desesperadamente detener los rumores de la Prensa y Radio. Las misteriosas infecciones postoperatorias y la muerte de la mayoría de los operados, así como aquella anemia incurable que había aparecido en muchos hospitales, tenían consternada a la clase médica.

Todo el país estaba alarmado y las fronteras estaban virtualmente

cerradas, ya que nadie deseaba entrar en las Islas Británicas, temiendo justamente la existencia de una epidemia de origen desconocido.

El movimiento de barcos había disminuido por igual motivo, haciendo caer verticalmente los suministros vitales para la vida de Inglaterra, que se veía obligada a racionar severamente todo lo que días antes estaba en venta libre.

Harry se mordió los labios.

Le parecía traicionar suciamente a su profesión, preocupándose de todo aquel asunto del sanatorio que, después de todo, no poseía ninguna primordial importancia al lado de la catástrofe que caía sobre el país.

Había pedido permiso en el Hospital para aquel día y ahora experimentaba un doloroso remordimiento, sabiéndose más necesario en las salas, junto a sus enfermos, que llevando a cabo aquella estúpida y poco trascendental investigación.

La vuelta de Donald le animó un poco, ya que internamente temía que su amigo cayese, por su culpa, en alguna situación desagradable.

—¿Qué ha pasado? —inquirió, cuando el otro estuvo sentado a su lado.

Scat sonrió.

—No han querido admitirme. Dicen que tienen todas las habitaciones llenas y que no pueden habilitar ninguna más.

—¿Has entrado dentro?

—¡Naturalmente! Y he hablado con el director... un hombre muy simpático, pero distraído como todos los siquiatras.

—¿Cómo es?

—De una cierta edad, ojos azules, cabellos blancos y una pequeña cicatriz debajo del ojo derecho.

—¡No!

Harry había palidecido intensamente.

—¿Qué demonios te ocurre. Good?

—¡No es posible! Ese hombre que acabas de describirme, es Gordon Staff.

—¿Y qué?

—¡Que Staff era el loco más peligroso que teníamos en el frenocomio! Justamente, el día de mi marcha, nos vimos obligados a ponerle nuevamente la camisa de fuerza…

CAPITULO VII



LYPAGE penetró en el sanatorio, con su maletín de siempre.

Estaba cansada.

Cada vez era más difícil conseguir sangre y las enfermeras, seguras de que aquel profesor —cuyo nombre falso había Inventado la muchacha— tenía mucho interés por la sangre, pedían más dinero por las pequeñas muestras que le procuraban.

No encontrando a Fred y Gordon en el despacho, bajó a los sótanos, viendo que estaban en la celda de la primera máquina.

El epiléptico se volvió hacia ella.

—¿Lo has conseguido?

—Si.

Fred se apoderó del maletín y sacó los tubos de ensayo, empezando a cargar las esférulas que aún estaban vacías. Después, seguido por los otros dos, pasó a las celdas donde estaban las máquinas segunda y tercera, repitiendo la operación.

—¿Sabéis una cosa? —inquirió, una vez en el pasillo.

—¿Qué? preguntó Staff.

—El Primero estará hoy listo. Me ha dicho que saldrá esta noche.

Page no pudo evitar un estremecimiento.

Se encontraba rara, pero no había dicho nada a los otros. Lo cierto era que mostraba cada vez menos entusiasmo por la misión que estaba llevando a cabo, como si se despertase, poco a poco, de una alucinante pesadilla.

—¡Tengo ganas de verlo! —exclamó Gordon, con un tono de sincera emoción en la voz.

—Yo también —dijo Fred—. Ya sabéis que nos han prometido desmaterializarnos para después convertirnos en seres como el que saldrá hoy de la máquina... El otro día me asomé a la tercera.

—¿Y qué viste?

—Una especie de gusano, completamente envuelto en sangre.

—¡Qué horror!

Fred miró a su compañera.

—¿Horror? ¿No te das cuenta de que han de recorrer toda la evolución en pocos días?

—Sí, pero no puedo evitar una cierta repugnancia.

—Estás muy rara, Page…

Ella se estremeció.

—Lo que ocurre es que estoy muy cansada..

Intervino Staff:

—Hay que dar comida a los prisioneros. Ayer lo olvidamos.

—Lo que hay que hacer es alimentarlos bien. Hemos sido unos tontos al no emplearlos para la toma de sangre. Tú, Ely, debes sacarles sangre esta misma tarde.

—Bien.

Ella se alejó, contenta de poder encerrarse un rato en su habitación. Así, cuando llegó, se dejó caer en el lecho, poniéndose a llorar inmediatamente.

¿Por qué seguía obedeciendo aún?

Ya no era como antes, sobre todo en aquellos días que precedieron a la liberación de Staff, cuando las alucinaciones eran constantes y ella llegó a identificarse completamente con «ellos». Ahora, libre de la tensión síquica de aquellos días, Ely Page había vuelto a la normalidad, dándose cuenta, de una manera tremenda, de lo que estaba haciendo.

¿No había estado, aquella misma mañana, a dos pasos de presentarse a la policía y explicárselo todo?

Se había detenido en el último instante, junto a la puerta de Scotland Yard, segura de que nadie podría creerla y que los policías la enviarían a un sanatorio, completamente convencidos de que había perdido la razón.

¿Quién podría tomar en serio su afirmación de que la Tierra estaba siendo invadida por seres «mentales»? ¿Cómo explicar que los enfermos quemorían de anemia no eran otra cosa que el alimento de los monstruosos seres que iban produciendo las tres máquinas?

Nadie le haría caso.

Por eso se sentía tan espantosamente abandonada, tan sola, en una soledad inexplicable a los demás humanos. Porque era la primera que había descubierto las «verdaderas intenciones» de aquellas horribles criaturas. En cuando lograsen materializarse, los humanos les estorbarían y terminarían con ellos en un abrir y cerrar de ojos.

¿No lo estaban haciendo ya?

Porque no era lo de las anemias la amenaza más importante que caía sobre la desvalida humanidad, sino aquellos que morían, dejándose atacar por infecciones vulgares, movidos por el desarrollo del instinto tanático que, los «seres» habían puesto en sus mentes.

Era como si los invasores impusiesen un silencioso y horrible suicidio colectivo.

Y estaba visto que habían encontrado la fórmula más diabólica para apoderarse de la Tierra, cuyos habitantes no podrían ofrecer ninguna resistencia.

¡Si, al menos, hubiese sabido que el Estado Mayor de, la muerte de la humanidad estaba allí, en aquel poco importante sanatorio de Londres!

Porque, de no destruirlo rápidamente, otros centros como aquél, a lo largo y ancho de la geografía mundial, surgirían después, reproduciéndose los mismos fenómenos que se desarrollaban en Inglaterra: anemias misteriosas e incurables, infecciones inexplicables en una época en que la asepsia operatoria ofrecía toda clase de garantías.

¿Qué podrían hacer los hombres contra el horrendo peligro si ignoraban sus verdaderas causas?

* * *

La hermana de la Caridad corrió hacia Harry, que se estaba poniendo la bata.

—¿Cómo nos abandonó ayer, doctor?

Habla un dulce reproche en su voz y Good bajó la cabeza, no encontrando palabras que justificasen lo injustificable.

—¿Cómo van las cosas, hermana?—inquirió, deseoso de cambiar de conversación.

—Muy mal, doctor. Once anémicos han muerto esta noche.

—¿Se les hicieron más transfusiones?

Ella se encogió de hombros.

—¿Para qué, doctor Good? Se ha hecho todo lo posible, pero siguen muriendo. Parece como si alguien les fuese robando la sangre...

—Voy a pasar visita, hermana.

—Bien.

YHarry se alejó de la religiosa, sabiendo todo lo que aquella mujer, como sus compañeras, habían hecho por los enfermos que, pese a todas las medidas, morían irremisiblemente, escapando a cuanto se intentase por salvarlos.

—¡Eh, Harry!

Se volvió, justo en la puerta de la sala, viendo que Richard se le acercaba.

—¿Qué hay, Pearson?

—Nada bueno, muchacho. Cerramos definitivamente los quirófanos.

—¿Eli?

—¿Qué quieres que llagamos? Nadie quiere operarse y lo peor es que ocurre lo mismo en las clínicas particulares. Si el Gobierno no hubiese cerrado la salida de enfermos y de todos, obligado por los gobiernos de los otros países, que no quieren vernos ni en pintura, se llenarían los barcos y los aviones... ¡Estarnos aislados como una isla de leprosos!

—-Es inconcebible.

—¿Has escuchado la radio?

—No.

—¡Es espantoso! Las emisoras extranjeras se preguntan qué ocurre en Inglaterra. Ya sabrás que la entrada de barcos se ha suspendido completamente y que se ha creado un puente aéreo, con la condición de que nadie se acerque a los aviones... ¡Pronto nos echarán las cosas con paracaídas! Si es que hemos resistido hasta entonces.

—No seas pesimista.

—¿Es que hay algo que no te haga serlo? Ha habido protestas de la gente en muchos puntos y se teme que el pueblo pida explicaciones de una manera más violenta que la palabra. Hasta ahora no hay más que rumores y algunos locos que chillan un poco en Hyde Park; pero la cosa no acabará así...

—Bueno. Voy a pasar visita. ¿Cuándo nos vemos?

—Cuando quieras. Ahora me sobra el tiempo.

Harry pasó visita, pero sin entusiasmo, ya que lo que veía era para desesperar al más ecuánime. Las gráficas demostraban que, todo lo que se hacia era completamente inútil. Y lo curioso era que la anemia no se producía por un descenso en la fórmula, sino poruna menor cantidad de sangre, por una inexplicable disminución del volumen

sanguíneo.

Decepcionado y desesperado, al mismo tiempo, Good se dirigió hacia su despacho, dejándose caer en el viejo sillón rotatorio.

Encendió un cigarrillo.

¿Para qué luchar?

En la vida de un médico no hay cosa más dolorosa que la seguridad de estar haciendo algo completamente inútil, cuando la vida de los hombres peligra. Luchar contra un mal desconocido tiene, sin duda alguna, sus emociones, ya que la investigación va encontrando huellas, pistas, remedios más o menos eficaces. Pero cuando todo fracasa, cuando los intentos se dan. por vencidos, cuando los esfuerzos son, a priori, inútiles, una desgana tremenda se apodera del médico.

Y éste era su caso.

Su caso y el de miles de compañeros que, en aquel momento, en toda Inglaterra, se batían contra los dos males en boga: «las anemias volumétricas», como se las llamaban y las «infecciones postoperatorias», como se denominaba a la aparición del instinto tanático.

—Doctor.

Era Sor María, la hermana que antes le había reñido, cariñosamente, por su ausencia.

—Siéntese, hermana.

—Es igual. Deseaba decirle algo.

—Usted dirá…

—He hablado con todos los anémicos y me ha extrañado que todos ellos se hubiesen hecho mi análisis antes de caer enfermos.

—Noveo nada raro en ello, hermana. Debían preocuparse ya por el estado do salud. Todos ellos han debido presentir la llegada de su anemia; en esa clase de enfermos…

—Tiene usted razón, doctor; pero no deja de ser extraño que todos hayan coincidido en ese detalle,. He ido tomando notas de la fecha y de quién les hizo la extracción de sangre.

—¿Y qué?

—Que sólo seis enfermeras se ocuparon de ello. Algunas de ellas no pertenecen a los Servicios de Hematología.

—Si ellos no encontraron otras.

—No es eso, doctor. Todos ellos afirmaron que les sacaron sangre, en distintas clínicas, sin que ellos lo deseasen.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir, hermana? — preguntó Harry.

—Eso mismo. Que ninguno de ellos solicitó que se le hiciese extracción alguna de sangre.

—Es curioso.

.—No había pensado en ello hasta hoy. Y he creído hacer bien informándole a usted, ya que podría ser que esos desdichados se hubiesen infectado con pipetas en mal estado o...

—Gracias, hermana. ¿Quiere darme esa nota?

—Para eso la he traído.

Harry repasó los nombres.

—Es curioso que una de estas enfermeras trabaje en Ginecología. ¿Qué diablos —¡perdón, hermana!— ...qué irían a hacer estos hombres a ese servicio? ¡Voy a hacer una investigación ahora mismo!

Y salió corriendo, atravesando el jardín del London Hospital.

* * *

La joven era una de tantas y sonrió estúpidamente a Harry cuando éste se, presentó ante ella.

—Soy el doctor Good, del servicio de Medicina Interna.

—Me llamo Pamela, doctor. Y usted dirá en qué puedo serle útil.

—En seguida. ¿Hizo, últimamente, tomas de sangre en enfermos fuera de su servicio?

Ella le miró, frunciendo el entrecejo y enrojeciendo intensamente.

Era una manera de decir que sí.

Los ojos de Good no se prestaban a tomar a broma aquel asunto. Así, bajando la cabeza, contestó:

—Sí, algunas.

—¿Trabajo particular?

—Sí.

.—Fueron los mismos enfermos los que solicitaron la extracción?

—Pues...

Dudaba y el enrojecimiento de sus mejillas se acentuó ostensiblemente.

—¿Quién le ordenó hacerlo, señorita?

—Una enfermera, amiga mía.

—¿Quién era? ¿Cómo se llama?

—Ely Page.

Si un rayo hubiese caído a los pies de Harry, no le hubiese causado mayor efecto que el que le procuró la respuesta de la enfermera.

Ella le vio palidecer.

—¿He hecho algo malo, doctor? Yo le aseguroque por una libra...

—¿Cómo? ¿Le pagó Page el trabajo?

—Sí. Dijo que su director estaba haciendo unas investigaciones sobre las globulinas de la sangre y que-necesitaba muestras de sangre. De verdad que no creí hacer nada malo...

—No se preocupe. ¿Cuántas muestras entregó a la señorita Page?

—Unas doscientas.

—Bien. Muchas gracias por todo.

—Adiós, doctor.

* * *

Donald terminó su «whisky». Había dejado hablar a su amigo, sin interrumpirlo una sola vez.

—Esto cambia radicalmente las cosas...

—No me atrevo a pensar en nada; te, lo aseguro.

Scat sonrió.

—No hace falta que lo hagas, Harry. Ya te he dicho que las cosas cambian completamente. Tu información es verdaderamente sensacional.

—¿Tú crees?

—¡Indudablemente! Hasta ahora, amigo mío, el problema del sanatorio no era más que algo interesante, pero limitado. Desde este momento, cuando demuestras que está asociado a esa misteriosa anemia, todo cambia. Ya no hay duda de que la solución de lo uno será seguida por la explicación deesa especie de maldición que ha

caído sobre Inglaterra.

—¡Alto ahí, Donald! Olvidas lo de los quirófanos.

—No, no lo olvido. Y, sin apostar nada, estoy seguro de que eso también encontrará su respuesta detrás de los muros del frenocomio. Pero, de todos modos, francamente, tengo miedo.

—¿Miedo?

—Sí. No sé si te das cuenta, Harry; pero si todo lo que pasa en nuestro país puede encontrar su explicación en un simple sanatorio de enfermos mentales... ¿qué esperas encontrar ahí dentro? No hay duda de que nos hallamos ante, algo verdaderamente diabólico, un peligro que, ahora me doy cuenta, no sólo amenaza a Inglaterra, sino al mundo entero.

Y como Harry no dijese nada.

—Ha llegado el momento de obrar, amigo mío. Esta noche penetraremos en el sanatorio. Ahora no hay más remedio...

—¿Cómo has dicho?

—Creo que me has oído perfectamente.

.—Sí, pero eso de «penetraremos», en plural, no me ha gustado nada.

—Pues tendrá que gustarte, Harry. Porque si intentas decirme que no vaya contigo, estás perdiendo irremediable y lastimosamente el tiempo... ¡Esta noche veremos lo que pasa en ese endemoniado sanatorio!

CAPÍTULO VIII



EJARON lejos el coche, cinco calles más arriba, aparcado en un lugar oscuro donde no pudiese llamar la atención.

Harry había explicado a su amigo el único modo de entrar en el edificio del frenocomio.

—Hay —le dijo— unas construcciones en la parte posterior, antiguamente destinadas a depósito de algo, que nos han sido destruidas. Justo por encima pasa la galería del primer piso. Pero lo difícil es abrir una de las ventanas, que están cerradas con candado y

llevan rejas de hierro.

—Ése es mi trabajo —repuso Donald, sonriendo—. Para algo he trabajado en la policía.

Y le mostró una cartera de piel que llevaba en uno de los bolsillos del abrigo.

Protegiéndose por la zona oscura que proyectaban las casas, llegaron hasta la parte posterior del frenocomio. El cielo estaba casi enteramente cubierto de nubes, pero la iluminación de Londres era lo bastante intensa como para reflejar un halo rojizo que facilitaba, en cierto modo, una restringida visión.

Scat reconoció el lugar, encontrando en seguida el modo de subir sobre aquellos bloques de cemento para alcanzar la galería.

—Espera aquí —le dijo al médico—. Cuando haya abierto una de las ventanas, te silbaré y no tendrás más que seguir mi camino; pero, por lo que más quieras, no hagas ruido.

Silenciosamente y demostrando no haber perdido la agilidad profesional, Donald subió sobre los bloques de cemento, llegando, en un santiamén, a la galería. Una vez allí, estudió, tanteándola, la cerradura de la ventana junto a la que había ido a parar, sacando después las herramientas que unos momentos más tarde le permitían abrir sin el menor ruido.

Silbó.

Con el corazón latiéndole con fuerza, Harry escaló, a su vez, los escalones de cemento, llegando junto a su compañero. Éste le hizo un gesto, precediéndole y desapareciendo en el interior de la galería.

Good le imitó.

Una vez en el interior, el ex-policía cerró cuidadosamente la ventana, mirando el sitio exacto en que se encontraba para hallarla nuevamente, en el momento preciso que necesitasen salir.

—¿Por dónde? —susurró.

—Todo derecho.

La galería terminaba ante una puerta que, esta vez, fue Harry quien abrió, ya que conocía perfectamente su funcionamiento. Al otro lado se extendía un pasillo iluminado, de tramo en tramo; por una amarillenta bombilla que dejaba intervalos sombríos.

Harry, dominando la emoción que le embargaba, condujo a su amigo hacia el final de un nuevo pasillo, deteniéndose junto a una puerta que, habitualmente, estaba siempre cerrada, pero que ahora estaba abierta de par en par: la del sótano donde se encontraban las celdas de los alucinados.

Dudó, con la intuición de que allá abajo se encontraban las respuestas a cuantas preguntas se había estado haciendo desde que salió del sanatorio. Pero, sin poderlo evitar, una fuerza misteriosa le habla quitado las energías que tanto necesitaba.

—¿Vamos?

La voz de Scat le sacó de aquella especie de sopor que parecía envolverle.

—Sí.

Bajaron, uno a uno, de puntillas, los escalones de piedra que conducían a los sótanos. La luz estaba dada en todas las celdas y en el pasillo. Además, un rumor de voces llegó hasta ellos, procedentes de la primera celda de la derecha.

Siguieron avanzando.

El nerviosismo estuvo a punto de hacer que Harry tropezase con sus propios pies. Y fue, gracias a Donald, siempre atento y alerta, que agarrándole por el brazo impidió una calda que, más que aparatosa, hubiese llamado la atención de los que hablaban en la celda vecina.

Harry sonrió, mostrando su mudo agradecimiento a Scat.

Después, cogiendo la mano del ex policía, lo llevó hasta un lugar desde donde podían ver el interior de la celda sin ser vistos. Todas las celdas estaban construidas de manera que pudiese observarse desde el exterior, en lo alto de una pequeña galería, ya que aquellas habitaciones tenían la pared anterior que no llegaba al techo. Normalmente, gracias a las mirillas que sus puertas poseían, la

observación podía hacerse desde el mismo pasillo; pero si el enfermo tapaba la parte interior de la mirilla, la observación podía hacerse del mismo modo desde la galería.

Ahí se encaminaron los dos amigos.

Donald se asombró sinceramente. Por su parte, Harry se estremeció de, pies a cabeza, ya que comprendía el sentido de la horrible escena que se desarrollaba a sus pies.

* * *

Gordon Staff terminó de fumar su cigarrillo.

—Creo que ya es hora, Fred.

El epiléptico sonrió.

—¿Estás impaciente, eh?

—Sí, mucho.

Y después de una pausa:

—¿Voy a llamar a Ely?

—No.

La rotunda respuesta de Fred le extrañó. Y miró a su compañero, frunciendo el entrecejo.

—¿No vamos a llamarla?

—No.

—¿Por qué? Ella ha trabajado tanto como noso…

—He dicho que no. Y voy a decirte por qué. «Ellos» se han dado

cuenta de que Page no es del todo leal.

—¿Eh?

—Sí. Me lo dijeron esta tarde. Me explicaron que Ely está saliendo completamente de lo que podíamos llamar su enfermedad. Y al convertirse en una persona «normal», es incapaz de comprender la importancia de lo que estamos haciendo. Han analizado su mente con mucha dificultad, ya que los humanos normales escapara a los poderes de los «seres».

—¡Quién lo hubiese dicho! Sin embargo, insisto en que ha trabajado enormemente y sin cansancio.

—Eso fue mientras siguió siendo una equizotímica; pero ahora todo 1ra variado y Page, que se ha convertido en un ser como los otros, no nos es de ninguna utilidad.

—¿Qué va a ser de ella?

—Muy sencillo. Le haremos una toma, de sangre, encerrándola con los otros.

—Eso significa la muerte.

—¿Y qué?

Guardaron un largo silencio; finalmente, Fred se puso en pie.

—Ya es hora —sonrió—. Yo también estoy impaciente. ¿Vamos?

—Vamos.

Abandonaron el despacho y tomaron el camino de los sótanos, llegando a la celda donde estaba la Máquina Número Uno.

Todo estaba silencioso.

Es decir, sólo el latir de la sangre en las campánulas diminutas que, como minúsculos corazones, parecían hervir con su rojo contenido.

Miraron a la máquina.

—¿Estás seguro de que te dijeron que era para esta noche?

—Sí.

No se atrevieron a decir nada más y esperaron, pacientemente, sin despegar la mirada de la superficie metálica de la estera central.

¡Hasta que ésta empezó a levantar su tapadera superior, que se fue abriendo, mientras los dos hombres la miraban como hipnotizados!

Cuando la criatura salió lentamente, ellos lanzaron una exclamación, al unísono, de estupor. Porque aquel ser era muy distinto a cuanto hablan imaginado.

Debía medir dos pies de alto y uno correspondía exclusivamente a la cabeza, verdaderamente desproporcionada. El resto estaba formado por un cuerpo vagamente humano, de reducidísimas dimensiones. El cráneo estaba visiblemente desproporcionado y ofrecía una frente que recordaba a la de los niños raquíticos. Los ojos eran pequeños, así como las orejas y la boca.

El homúnculo avanzó hacia ellos.

-—¿Os extrañáis de mi aspecto?

Y como ellos no dijesen nada, añadió:

—No se puede lograr algo más en tan poco tiempo… Pero ¿qué importa? ¡No podéis imaginaros lo que para nosotros significa volver a tener cuerpo otra vez! ¡Hemos detenido el final que nos esperaba, disueltos en el Universo, reintegrados a la ciega energía entrópica! Ahora no nos queda más que terminar con la raza humana y adueñarnos de este planeta… ¡Todos desaparecerán! Todos, excepto vosotros, a los que debemos el haber logrado todo esto… Claro que no permitiremos que os reproduzcáis, pero disfrutaréis de una tranquila existencia a nuestro lado… Mis dos compañeros estarán aquí dentro de un par de días… Uno de ellos es, lo hemos hecho adrede, del sexo femenino. Así lograremos que se materialicen otros de una manera más sencilla que con las complicadas máquinas éstas… Hemos variado también el sentido de la evolución, dentro de la esfera, haciéndonos ovíparos. La hembra que llegará mañana pondrá dos mil huevos por hora, permitiendo que se materialicen otros tantos «seres»…

—¿Cuántos sois en total? —no pudo por menos de preguntar Staff.

—Unos cien millones.

Gordon se dio cuenta, en aquel momento, de que la suerte de la Humanidad estaba echada.

* * *

—Debemos salir de aquí…—susurró Donald —Ya sabemos demasiado

—Sí, vámonos.

Retrocedieron cuidadosamente, todavía impresionados por lo que acababan de ver. El problema, en verdad, era espantoso y ahora se daban cuenta de la verdadera importancia que aquello tenia.

Subieron los escalones que conducían a la planta superior, con intención de ir hacia la galería, cuya ventana había dejado abierta Scat; pero cuando desembocaban en el pasillo una silueta humana surgió ante ellos:

—¡Señorita Page!

—¡Doctor Good!

Harry se quedó mudo y paralizado por la sorpresa; pero, evidentemente, su amigo Donald no era hombre que se impresionase demasiado. Así, antes de que Ely pudiese evitarlo, lanzó su puño derecho, golpeando en el mentón a la enfermera y tendiendo los brazos para evitar que cayese y provocase un verdadero escándalo.

Se la echó después a los hombros.

—¡Vamos! —ordenó.

Good no se atrevió a contradecirle y le siguió, ayudándole a abrir la

ventana por la que Scat salió, sin dejar su carga, descendiendo limpiamente hasta la calle.

Harry cerró la ventana tras sí, siguiendo a su amigo, que caminaba, aprisa, hacia el sitio en que habían dejado el coche. Una vez colocada la enfermera sobre el asiento posterior, Donald puso el vehículo en marcha. Sólo entonces se atrevió Harry a preguntar:

—¿Dónde vamos?

-—¡A Downing Street!

Y apretó el acelerador a fondo.

Los hombres, todos ellos personalidades representativas, ofrecían el mismo aspecto, con el rostro tremendamente serio y una expresión de estupor que dominaba a todas las demás.

Escucharon atentamente la larga y detallada exposición de los hechos que Harry les hizo, sin preguntar nada, pero mirando a los taquígrafos que iban anotando cada palabra que salía de los labios del joven doctor.

También miraban, de vez en cuando, a la enfermera Page que, un tanto pálida y con los dientes apretados, escuchaba atentamente a Good, haciendo mudos signos de asentimiento con la cabeza.

Harriman, el jefe del Gobierno británico, fue el primero en romper el silencio cuando Harry terminó su exposición.

—¡Es fantástico! Pero ¿es al mismo tiempo cierto?

—¡Lo es!—intervino Donald—. Todo lo que mi amigo ha contado es la pura verdad. Ahora, excelencia, si lo desea, puede preguntar a la señorita Page. Nosotros creíamos que estaba del lado de «ellos», pero ella misma nos explicó que había salido del maléfico influjo que los «seres» ejercieron sobre ella.

Harriman se volvió hacia un hombre de edad, de rasgos enérgicos y amplia frente despejada.

—Usted, profesor Ashle, como el más insigne psiquiatra del Reino Unido, creo que es el más indicado para, antes de interrogar a esa

señorita, decirnos lo que piensa.

Ashle se pasó la mano por la frente, como si deseasealejar todos los pensamientos que discurrían por su mente; después, con voz lenta, continuó:

—Evidentemente, si yo tuviese que diagnosticar un mal mental por todo lo que acabo de oír, no dudaría en colocar la etiqueta de dolencia esquizofrénica, con una paranoia de tipo cósmico, a la persona que se expresase como lo ha hecho mi colega el doctor Good. Él mismo se dará cuenta da que, en mi lugar, hubiese hecho lo mismo. Temor a una invasión del exterior, concretada en un poder mental superior, maquinación de un grupo contra la Humanidad, existencia de fantásticos aparatos en los que se realiza una síntesis de vida... Cualquier psiquiatra hubiese llegado a la misma conclusión sin ningún esfuerzo.

»Pero en nuestro caso no podemos hablar de que seamos víctimas de una neurosis colectiva, término del que se ha abusado un tanto. La existencia de esas misteriosas anemias y de las muertes en los post-operados son hechos de una certeza tan desastrosamente verídica que no podemos dudar de que nos hallamos ante algo ciertamente extraño.

»Veamos ahora de aclarar ciertos detalles interesantes, que sólo la señorita Page, que ha sido en cierto modo víctima y testigo, puede especificarnos. ¿Está usted dispuesta, señorita?

—Sí, profesor.

—Usted ha sido una enferma mental, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué padecía usted?

—Brote esquizofrénico agudo.

—¿Estuvo internada?

—Dos años.

—¿Se considera usted completamente curada? Piensa que esa respuesta es muy importante.

—Me considero, en este momento, tan normal como cualquiera de ustedes.

—Bien. ¿Cuando empezó usted a sentirse influida por esos... «seres»?

—Poco después de llegar al sanatorio. Me sorprendió y aterró el comprobar que, de vez en cuando, volvía a tener alucinaciones...

—¿De qué tipo?

—Al principio, solamente auditivas. Después visuales... Eranvoces que, contra lo que yo conocía, no me insultaban, sino que me avisaban de la llegada de una nueva época, haciéndome experimentar una sensación de impaciencia, como si yo misma fuese a gozar de esa especie de paraíso que se me anticipaba...

—¿Y las visuales?

—Eran paisajes extraños, tierras que no había visto jamás y escenas cósmicas, como si me moviese libremente por los espacios intersiderales. Después, cuando estuve completamente convencida de la importancia de lo que se estaba avecinando, las alucinaciones visuales cesaron, quedando sólo las auditivas, pero como órdenes concretas. Se me daban instrucciones que debía aprender de memoria, convenciéndome de que debería liberar a Gordon Staff en cuanto me lo dijese.

—Y lo hizo usted...

—Sí. Después, cuando el sanatorio estuvo en «su» poder, me enviaron a recoger muestras de sangre.

—Eso ya lo sabemos. Cuéntenos algo de «ellos».

—Vienen del espacio; es decir, llegaron hace muchísimo tiempo, quizás antes de que el Hombre apareciese sobre la Tierra. Durante, toda nuestra historia intentaron destruirnos, provocando guerras y conflictos, utilizando a los enfermos mentales, que eran receptivos a su poder mental. Luego, al darse cuenta de que el Hombre reaccionaba contra todos aquellos intentos, se percataron de que debían materializarse; pero éste es otro asunto.

—¿Podría darnos una idea, señorita Page?

—Sí. Su ciclo vital es finito, aunque su duración nos pueda parecer eterna. Ellos tenían miedo a terminar y buscaron la rematerialización como la única salida que se les ofrecía. Rompiendo así el ciclo, pueden volver a repetirlo, quizá da una manera indefinida.

—¿Cuáles son sus propósitos?

—Destruir la especie humana y adueñarse de la Tierra.

Hubo un largo silencio.

Después el profesor Aside se volvió hacia Harriman diciéndole:

—Excelencia: Creo sinceramente que nos encontramos ante un real peligro de invasión. Inglaterra tiene el honor de estar a la vanguardia de ese peligro y debemos hacerle frente. Nada más.

CAPITULO IX



ACKUY, el superintendente de Scotland Yard, volvió a emitir un gruñido, lanzando una mirada que les hubiese fulminado de haber sido posible, a los dos amigos.

—¡No!

Harry, a pesar de todo, estaba dispuesto a ceder; pero Donald sonrió, seguro de sí mismo:

—Escuche, bien, señor —dijo, con voz tranquila—: el plan que nos proponemos es el más lógico y el único que puede hacer posible la salvación de los que están encerrados en las celdas dentro del manicomio.

—Todo eso suponiendo que estén vivos, cosa que me pérmico dudar sinceramente.

—Hay muchas probabilidades de que estén vivos, señor. Además, ¿quién conoce el interior del edificio como el doctor Good?

—Tenemos los planos...

—Que no corresponden a la verdad, puesto que desde que la casa se destinó a frenocomio se han hecho cambios importantes en su distribución interior... —su voz se hizo insistente—. Él plan que le ofrecemos facilitará mucho la labor de sus hombres, señor. Ya hemos quedado en que utilizaremos el alcantarillado para entrar en el

edificio. La casa está completamente rodeada, de modo que nadie puede escapar de ella sin caer en manos de la policía. Pero nosotros podemos entrar los primeros y liberar a los prisioneros, destruyendo al mismo tiempo las máquinas de las celdas.

—¡Ya veo que quiere hacerlo todo, Scat! No ha cambiado usted mucho desde que dejó de trabajar a mis órdenes.

—Y es un placer para mí volver a estarlo; se lo aseguro. Esta misma noche, dentro de una hora, podemos iniciar el asalto. Si el doctor y yo tuviésemos alguna seria dificultad, puede usted actuar, como convenga.

—¡Claro que lo haré! Tengo permiso del Gobierno para, si es necesario, volar el edificio entero con todo lo que haya dentro... Y no vaya usted a creer que dudaré en hacerlo, aunque ustedes no hayan salido aún. Se trata de un peligro demasiado grande para que cuenten las vidas de un par de hombres.

—Estamos completamente de acuerdo, señor superintendente. Ya sé que nuestro intento puede fracasar; pero, sí eso ocurre, usted no tiene más que poner en marcha el mecanismo destructivo que han puesto en sus manos.

Mackuy lanzó un suspiro.

—¡Endemoniado cabezota! Está bien, Scat. Les daremos diez minutos antes de entrar nosotros en el sanatorio; pero no lo olvide... ¡sólo diez minutos!

—Muy agradecido, señor.

—¡Váyase al infierno, testarudo!—repuso el superintendente Mackuy.

Se alejaron.

Estaban en un edificio vecino al frenocomio, desde donde un equipo de obreros estaban preparando el paso por el alcantarillado, de manera a penetrar por el sistema de cloacas en el sanatorio.

Una formidable fuerza policíaca había invadido el barrio sin dejarse ver y rodeaba todas aquellas calles, dispuesta a intervenir en

cualquier momento. Además, un batallón de paracaidistas especializados en destrucciones estaba acantonado en las inmediaciones, preparado para hacer saltar la casa si el peligro no fuese conjurado por los hombres de Scotland Yard.

Las órdenes eran severas, y el Gobierno, que no había comunicado a nadie la realidad del peligro, estaba dispuesto a hacerlo desaparecer, costase lo que costase.

Donald encendió un cigarrillo.

—Tendremos que movernos rápidamente—dijo—. Diez minutos no es mucho tiempo, pero tenemos la suerte de que la boca de la alcantarilla da directamente al sótano.

Fue entonces cuando un hombre, que los andaba buscando, llegó junto a ellos.

—¿Doctor Good?

—Soy yo.

—Le llaman urgentemente desde el otro edificio. Una señorita, la enfermera Page, se ha puesto muy enferma.

—¡Vamos!

El cordón de policía, en el interior de la casa, se abrió para dejarlos pasar hasta una habitación donde un médico de Scotland Yard atendía a Ely.

Pero Harry no tuvo más que echar una ojeada para darse cuenta de la gravedad del caso.

Agarrada a los barrotes de la cama, la muchacha tenía los ojos desmesuradamente dilatados por el terror y al ver llegar a Harry se lanzó sobre él, abrazándolo con fuerza.

—¡Máteme, doctor Good! ¡Máteme! ¡«Ellos» están nuevamente en mi cerebro y quieren que les diga todo lo que sé!

—¡Hay que bloquear este cerebro!—aulló Harry —. ¡Pronto, un aparato de electroshock, o todo fracasará

El médico de la policía salió corriendo en busca de lo que Harry pedía.

Apretándose contra él, Ely temblaba como si estuviese sacudida por una violenta fiebre.

—¡No podré resistir, doctor! Estoy haciendo todo lo posible para que ellos no penetren en mi cerebro… ¡pero no voy a conseguirlo!

—¡Piense en otra cosa, señorita Page! ¡Cuente números o haga algo para impedir que entren en su subconsciente!

Ella le obedeció, empezando a contar rápidamente; pero de tiempo en tiempo se detenía, mirando con horror a Good.

—¡Me están ordenando que le mate a usted!—exclamó.

Harry sabía que los segundos eran preciosos. De buena gana hubiese golpeado a la muchacha, pero con ello no hubiese conseguido más que facilitar la tarea de los «seres», ya que haría caer las defensas volitivas de la muchacha.

De repente las manos de ella se cerraron fuertemente sobre el cuello del joven médico.

—¡Tengo que matarle, doctor! ¡Tengo que matarle!

Sujetándole las manos para impedir que le asfixiase, Harry hizo un gesto a su amigo Donald, que había dado un paso, dispuesto a intervenir. Fue, afortunadamente, en aquel preciso instante cuando el médico de Scotland Yard apareció con el aparato.

—¡Ayúdame a tumbarla en la cama, Donald!

Scat obedeció y, ayudado por el médico policial, tendieron a la muchacha, que se debatía horriblemente.

—¡Soltadme, canallas! ¡Voy a decirles todo lo que sé! ¡La especie humana debe desaparecer!

¡Habían logrado apoderarse de su cerebro!

Colocando los electrodos en la sien, después de enchufar el aparato,

Harry ordenó a su colega que oprimiese el botón. El cuerpo de Ely tomó una rigidez formidable; después, bruscamente, una serie de convulsiones se apoderaron de él, teniendo los hombres que sujetarla fuertemente. Un hilillo de sangre brotó, mezclado con saliva, de sus labios.

—Debe de haberse mordido la lengua —dijo el médico de la policía.

—Sí, pero no teníamos tiempo de ponerle un pañuelo entre los dientes. Por lo menos ahora ya está fuera de su alcance. Debieron de darse cuenta de que había huido y no pararon hasta encontrarla.

* * *

Levantando la losa del alcantarillado, penetraron en el sótano, por su parte final y más oscura. Harry no llevaba arma alguna, pero Donald esgrimía una pistola de reglamento.

El silencio era completo.

—¿Crees que habrán logrado que Ely les diga algo? —musitó Donald.

—No lo sé. Es Imposible saber si han conseguido atravesar la barrera de voluntad que les opuso la pobre muchacha.

—Bien, sigamos.

Apenas habían dado media docena de pasos cuando, repentinamente, las paredes empezaron a hablar, reír, gemir, al mismo tiempo que vagas siluetas verdosas parecían brotar de los húmedos muros.

—¿Qué es eso? —inquirió Donald, experimentando una indecible sensación de terror.

—Alucinaciones que están provocando en nuestros cerebros. No hagas caso.

Pero el otro se había puesto intensamente pálido y cuando Harry volvió la cabeza vio en la mirada de Donald un deseo de muerte que le hizo comprender el espantoso peligro que se cernía sobre él.

Jamás se hubiese creído capaz de una reaccióntan rápida como aquélla. Sin embargo, obró como si lo hubiese hecho toda su vicia. Su puño derecho golpeo el mentón de su amigo, justo en el momento en que el otro se disponía a disparar sobre él.

Donald cayó al suelo, como fulminado.

Apoderándose de la pistola, Harry retrocedió hasta la salida del alcantarillado, ordenando a uno de los policías que recogiesen el cuerpo de su amigo.

Luego siguió adelante.

Las alucinaciones iban en aumento; pero él, mordiéndose los labios, procuraba no hacerles caso;

Abismos sin fondo aparecieron ante él; grietas enormes se abrían en el techo, como si todo fuese a desplomarse sobre su cabeza. La intensidad de aquellas alucinaciones era tan grande que Harry no pudo evitar el dar un salto sobre un falso pozo que acababa de abrirse justamente a sus pies.

Siguió.

Al llegar a la primera celda empuñó fuertemente la pistola, entrando en la estancia, donde se encontraba la Máquina Número Tres.

Antes que nada y conociendo el mecanismo que la animaba, destruyó, a culatazos, todas las campánulas donde la sangre de los enfermos iba a parar. Así, por lo menos, estaba seguro de haber salvado la vida de muchos que en aquellos momentos agonizaban, por una anemia horrible, en los lechos de los hospitales y clínicas de la ciudad.

Después abrió la tapadera de la esfera central.

Tuvo que reprimir un gesto de repugnancia al ver el gusano que se movía desesperadamente allí, envuelto en una masa rojiza de sangre

que le servía de medio nutritivo. Evidentemente aquel «ser» no había logrado avanzar mucho en su evolución y no avanzaría más.

Harry disparó, reduciendo a pedazos aquel infecto engendro. Luego salió de la celda.

Al hacerlo tuvo que disparar a toda velocidad contra Fred y Staff, que armados con barras de hierro corrían hacia él. Su sangre fría le salvó y los dos hombres se desplomaron sin vida en el pasillo.

En la segunda celda el espectáculo era mucho más horrible que en la anterior. Una hembra de «ser», muy parecida a lo que él y su amigo habían visto la noche anterior, estaba poniendo incansablemente millares de huevos, que ya se amontonaban por todas partes.

Good la mató de un tiro.

Pensó que debía decir que destruyesen toda aquella maldita semilla, aunque estaba seguro de que nada saldría sin que los huevos fuesen especialmente cuidados por la hembra.

Fue al llegar a la tercera celda, donde estaba el «ser» que ya conocía, cuando Harry se encontró ante el peligro más grande.

Una barrera de llamas le separaba de la diabólica criatura.

Seguro de que se trataba de una alucinación, Good avanzó sin miedo; pero las primeras quemaduras le hicieron retroceder vivamente, al tiempo que el hombrecillo lanzaba una estridente carcajada.

¡Era imposible!

Porque aquel fuego no podía ser real y si él experimentaba sus inexistentes efectos era, sencillamente… ¡que las alucinaciones empezaban a tomar cuerpo en su mente!

¡Le estaban empezando a dominar!

Se dio cuenta de que estaba irremisiblemente perdido si no imponía su voluntad inmediatamente. Así, pensando exclusivamente en Laura y alejando, todas las demás ideas de su atormentado cerebro, volvió a avanzar, no sintiendo esta vez las llamas.

La criatura lanzó un alarido, corriendo hacia uno de los rincones, pero Good le persiguió implacablemente hasta disparar, casi a bocajarro, contra el hombrecillo, que se desplomó sin vida.

Al salir al pasillo lo encontró lleno de los que antes habían sido enfermos mentales. Todos ellos iban armados con objetos contundentes, poro le miraron, en silencio, reconociéndole y bajando sumisamente la cabeza.

¡Se había salvado por milagro!

Porque el hombrecillo que acababa de matar debía haber movilizado a todos aquellos desgraciados que dejaron de pensar como él cuando el «ser» murió.

¡Se había salvado por milagro!

Un momento más y...

Se estremeció.

Pero, dominándose, fue a las otras celdas, llegando a la que servía de prisión a los enfermeros y a los doctores. Estaban en un estado de consunción tan extrema que necesitaban, más que otra cosa, una inmediata ayuda médica.

Corrió hacia la salida de la cloaca.

* * *

Donald se despertó, momentos más tarde, completamente normal. Recordaba perfectamente aquellas horrendas visiones y comprendió, con una sonrisa de agradecimiento hacia Good, que éste había intervenido en el momento justo.

Mackuy estaba a su lado.

—¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, señor.

—¿Sabe que su amigo está acabando el tiempo que le he concedido?

—¡Espere un momento, señor!

Pero la mirada del superintendente le demostró que perdía el tiempo.

—¡No! ¡No voy a esperar ni un segundo más! ¡ Voy a ordenar que los paracaidistas disparen sus «bazookas» contra el edificio! ¡Ahora mismo!

¿Qué fue lo que impulsó a Donald a obrar de aquella loca manera?

Tardaría mucho tiempo en explicárselo.

Lo cierto fue que, olvidándolo todo, incluso la más elemental precaución, disparó un formidable directo al rostro del superintendente, dejándolo sin sentido.

—¡Hoy es día de puñetazos!

Un grupo de policías se echó sobre él, dominándole fácilmente. Fue entonces cuando Harry apareció, mirando con los ojos muy abiertos el cuerpo inmóvil de Mackuy.

—¡Quería hacer volar el edificio! — exclamó Donald.

Harry se mordió los labios.

—¡Rápido! ¡Un bidón de gasolina! ¡Vengan ustedes conmigo!

Tres policías le siguieron; uno de ellos llevaba elbidón, corriendo por el pasillo hasta detenerse en la celda número 2. Allí, arrancando el recipiente de las manos del agente, Harry vertió el liquido sobre los millares de huevos, lanzando después desde fuera un fósforo.

Una llamarada rugiente se levantó en seguida.

* * *

Mackuy estaba rojo de cólera.

—¿Dónde está ese imbécil? — gritó.

Pero Harry, sentado frente a él, sonrió.

—Ahora vendrá, señor. La policía ha ocupado el sanatorio y está poniendo las cosas en orden.

—¡Me importa un bledo! Lo que quiero es ver a ese granuja...

—Pronto lo verá.

—¡No, ahora mismo!

Los ojos de Good brillaron intensamente.

—Escuche, señor superintendente... ¿por qué no nos dijo usted que había estado confinado en un sanatorio?

El otro palideció.

—¿Yo?

—Sí, usted. Y eso. no quiere decir que esté usted enfermo, sino que lo estuvo... epilepsia.

Mackuy bajó la cabeza.

—Es verdad.

—Sí, señor. Por eso estaba usted dispuesto a echarlo todo por el suelo. No quería destruir a nuestros enemigos, sino destruirme a mí... por orden de los invasores.

—Pero...

—Fueron los huevos; cada uno de ellos cobijaba una de esas malditas criaturas, los que le ordenaron que hiciese intervenir a los

paracaidistas.

—¡Pero eso les hubiese destruido a ellos también!

.—Nada les importaba ya... sino vengar la muerte de los otros haciéndome desaparecer. A no ser por la formidable intervención de Scat, yo no estaría aquí.

Mackuy tardó en contestar.

—Yo no dije nada... temía por mis ascensos. Pero estuve un año en un sanatorio cuando tenia catorce... Me dijeron que estaba completamente curado.

—Y lo está usted, señor. Pero para «ellos» poseía usted todavía una hipersensibilidad a sus mandatos. Por eso le emplearon. De todos modos, nadie sabrá nada, se lo prometo.

—Muchas gracias, doctor.

—Es mi deber. Ahora voy a llamar a la señora Duggan para comunicarle que su esposo está en el hospital, sometido, como los demás, a un tratamiento anti anémico que le repondrá en seguida.

—¿Sabe que el Gobierno premiará su intervención, doctor Good?

Harry sonrió.

—Sí. Ya sé que voy a poder tener un hermoso sanatorio... pero lo único que temo es contrariar a mi prometida.

—¿Por qué?

—Porque ahora más que, nunca voy a dedicarme a la Psiquiatría. Ese aviso que hemos recibido debe ponernos en guardia. Los enemigos del hombre se aprovechan, como hemos visto, de todas nuestras debilidades. Y es nuestro más exigente deber el conseguir que los defectos mentales sean borrados de la Humanidad... ¡Con los hombres sanos de espíritu el devenir de nuestra especie está plenamente garantizado!



Todo empezó, como empiezan todos los grandes acontecimientos, con la mayor sencillez: con una expedición submarina científica.

El fin de Lemuria

Y, sin sospecharlo, dieron a conocer al mundo uno de los mayores desastres ocurridos desde su creación.

El fin de Lemuria

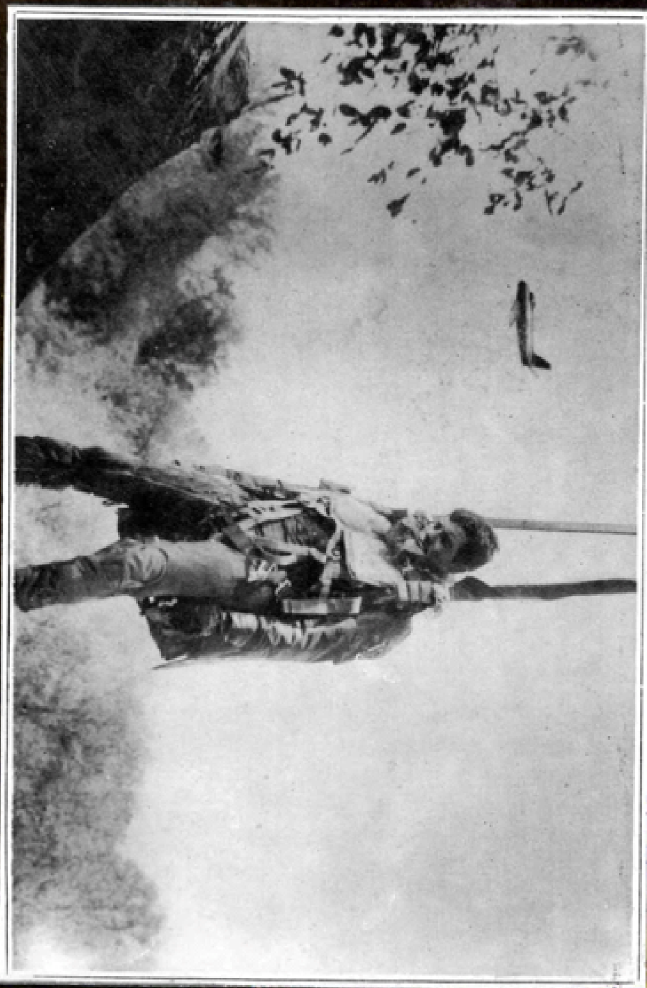
Sí, efectivamente, allí estaban las ruinas de la legendaria Lemuria. Y allí, también, estaban sus supervivientes...

El fin de Lemuria

Una apasionante narración de
H. S. THELS.

Colección





Escena de HERMANOS ANTE EL PELIGRO. de Universal-Internacional.

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 5,50 pesos

([1])En efecto, la moderna filosofía ha influido poderosamente en la medicina psiquiátrica, creándose nuevos concentos que intentan explicar ciertas enfermedades mentales

como modos «de estar». Así se ha traducido la angustia existencial en «angustia vital». — N. del E.

[2] La neurosis es una dolencia en la que no existe alteración orgánica alguna, con sólo trastornos funcionales de orden psicosomático. La psicosis presupone lesiones orgánicas más o menos importantes.

[3] Alejándonos de la idea fantástica del autor, podemos decir que los epilépticos realizan actos brutales y hasta asesinatos sin recordar absolutamente nada después cuando salen de ese periodo de inconsciencia que se denomina «ama». — N. del E.